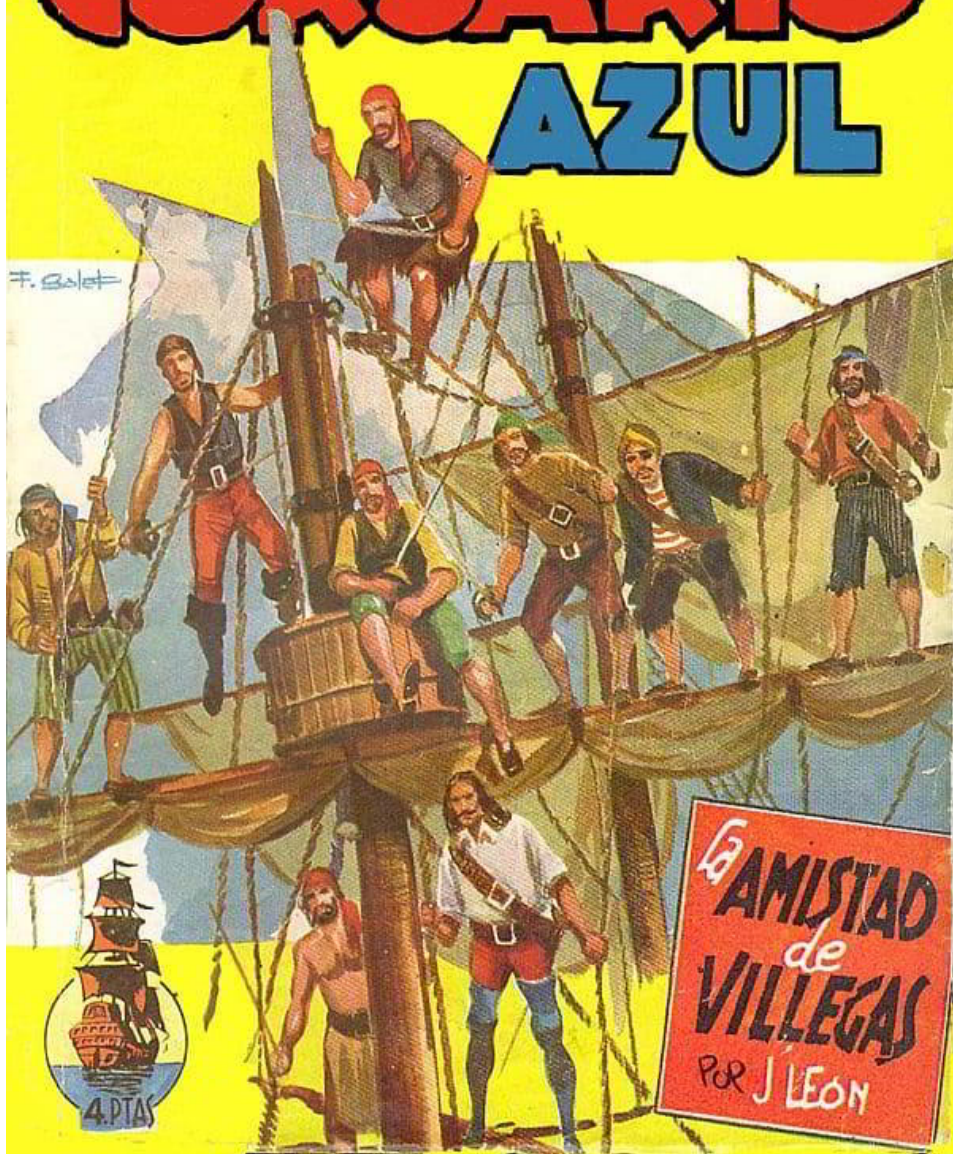


El **CORSARIO** **AZUL**

F. Salas



LA
AMISTAD
de
VILLEGAS
POR J LEÓN

La voz detuvo en seco al Corsario Azul, que, en compañía de sus dos lugartenientes, Martín Ohando y Juan Pérez de Lerma, había entrado en el mesón «La espada de Toledo».

El establecimiento, situado en el lugar denominado las Cuatro Calles, por reunirse allí las cuatro arterias más importantes de Santo Domingo, se veía siempre lleno de un público tan, orgulloso como escaso de medios. Las mozas que les servían se sentían muy satisfechas de aquella clientela que las galanteaba y trataba con él mismo respeto que si fueran duquesas. El mesonero, por su parte, no sentía el mismo entusiasmo, ya que, aparte de que resultaba muy difícil cobrar, el enfado de los parroquianos se traducían casi siempre por cintarazos descargados sobre sus espaldas. En ocasiones alguno de sus clientes ganaba en el juego y entonces se mostraba tan espléndido que le resarcía de todas las pérdidas.



J. León

La amistad de Villegas

El Corsario Azul - 12

ePub r1.0

Lds 05.06.18

Título original: *La amistad de Villegas*

J. León, 1949

Dibujante portada e interiores: F. Batet

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



El **CORSARIO** **AZUL**

R. J. LEÓN



La amistad de Villegas

Ediciones  *Clipper*

La **AMISTAD de**
VILLEGAS



F. Gott

CAPÍTULO PRIMERO

UN ANTIGUO AMIGO

—¡Diego! ¿No conoces ya a los antiguos amigos?

La voz detuvo en seco al Corsario Azul, que, en compañía de sus dos lugartenientes, Martín Ohando y Juan Pérez de Lerma, había entrado en el mesón «La espada de Toledo».

El establecimiento, situado en el lugar denominado las Cuatro Calles, por reunirse allí las cuatro arterias más importantes de Santo Domingo, se veía siempre lleno de un público tan, orgulloso como escaso de medios. Las mozas que les servían se sentían muy satisfechas de aquella clientela que las galanteaba y trataba con él mismo respeto que si fueran duquesas. El mesonero, por su parte, no sentía el mismo entusiasmo, ya que, aparte de que resultaba muy difícil cobrar, el enfado de los parroquianos se traducían casi siempre por cintarazos descargados sobre sus espaldas. En ocasiones alguno de sus clientes ganaba en el juego y entonces se mostraba tan espléndido que le resarcía de todas las pérdidas.

Las Cuatro Calles fueron siempre el centro de reunión de los hidalgos aventureros, como los barrios portuarios lo eran de los espadachines, soldados profesionales y marineros sin trabajo. Por aquellas aceras habían paseado su orgullosa miseria Hernán Cortés, Francisco Pizarro y Alonso de Ojeda, cuando no eran más que unos menesterosos que buscaban ocupación para su espada. Sus sombras, agigantadas por el recuerdo de su pobreza, impulsaban a los segundones e hidalgos pobres a concentrarse en aquel lugar en espera de la ocasión de prosperar.

Era centro obligado de todas las levadas, ya que el ejército era la

única ocupación que les parecía honrosa.

La entrada de Villegas era siempre saludada con muestras de respeto, pues la ambición de muchos de ellos era enrolarse en «El Antillano» y como al regreso de las expediciones había siempre plazas entre los corsarios, esperaban una recomendación del capitán para ocuparla.

Diego cruzó la sala, respondiendo a los saludos. A los que le pedían ingresar en la fuerza a su mando les repetía:

—Todos los asuntos relacionados con el servicio son atendidos en mi casa. Venid cualquier hora desde las ocho de la mañana hasta el mediodía. Con la audiencia recibo a todo el mundo.

Era ya famosa la audiencia donde los aspirantes a corsarios exhibían sus hojas de servicio y sus recomendaciones.

El capitán y sus dos amigos cruzaron entre la clientela, buscando una mesa libre. No sólo los hidalgos y los segundones ocupaban aquel lugar. Un buen número de soldados y de oficiales se congregaban allí. Pertenecían a la flota de Barlovento y a la guarnición de la Ciudad. Los corsarios les saludaron con una inclinación de cabeza.

El mesón se llenaba del murmullo de las conversaciones. Se oían voces, llamando al posadero. Retazos de frases llegaban a los oídos de los tres amigos.

—Era una mujer bellísima...

—Le maté de una estocada...

—Se enamoró de mí...

—... Al asaltar la fortaleza inglesa...

El ruido de los vasos, al llenarse, se mezclaba con el de los dados al rodar sobre la mesa.

—¡Voto al chápíro verde! He perdido otra vez.

De pronto se oyó la voz que llamaba al Corsario Azul. Diego se volvió para ver a un hombre, vestido con un colete de ante, cruzado por la banda de capitán, que sonreía.

—¡Pardiez! —exclamó Villegas—. Si es Cosme Torroella.

Se estrecharon las manos y el corsario informó a sus amigos:

—Éste es el capitán don Cosme Torroella. Don Martín Ohando y el alférez don Juan Pérez de Lerma.

Se saludaron, como cumplía a los caballeros, y Torroella les invitó a sentarse a su mesa. Pidieron vino y Cosme exclamó:

—Hacía años que no nos veíamos. Desde Flandes.

Diego asintió y comunicó a sus amigos.

—El capitán Torroella y yo sentamos plaza de guzmanes^[1] al mismo tiempo. Luchamos en Italia y después nos destinaron a los Tercios viejos de Flandes. Luego, al ascender a oficiales, nos separamos. Pero podéis estar seguros que jamás tuvo el Rey mejor oficial que don Cosme.

El aludido sonrió, acariciándose el negro bigote.

—Don Diego realizaba misiones de alférez, antes de recibir el despacho. —Hizo una pausa y agregó—: Mucho has prosperado desde entonces. He oído hablar mucho del ya célebre Corsario Azul. Hasta en la corte se menciona tu nombre.

—¿Vienes destinado a las Indias? —preguntó Villegas.

—Sí. Vine custodiando a los «Apóstoles»^[2], pero después pasaré a Nueva España.

Llegó una de las mozas, que dirigió al alférez una sonrisa de inteligencia y les sirvió el vino. Llenó los vasos Cosme y antes de beber alzaron los vasos.

—¡Por la infantería! —propuso Torroella.

Muy a gusto vaciaron sus vasos. Luego comenzaron a charlar acerca de sus recuerdos de guerra.

—¿Conoces Nueva España? —preguntó Cosme.

—No —respondió el corsario—; seguramente te mandarán al Norte, al territorio de Nuevo Méjico. Parece que allí los indios están muy quietos. Lo único importante en el virreynato es acabar con el bandolerismo. Los indios de Yucatán son flojos y no constituyen un peligro serio.

Torroella se encogió de hombros.

—Bien —aseguró—. Me he batido contra los franceses, los flamencos, los ingleses, los turcos, los piamonteses y los berberiscos. Tan sólo me faltaba conocer esta nueva especie.

Pérez de Lerma llenó nuevamente los vasos y bebieron.

—Si vas a Santiago de Cuba —continuó Torroella—, ve a visitar a don Claudio de la Sagra.

—¿Cómo? —exclamó Villegas—. ¿Se encuentra allí?

Asintió el otro capitán.

—Dejó el servicio con el grado de maestro de campo (Coronel). Recibió una cuchillada en el brazo derecho que le entorpeció la

mano para manejar la espada.

Diego quedó un instante pensativo.

—¡La espada de don Claudio! —dijo al fin—. No había guzmán, oficial ni soldado que no la envidiase y no se sintiera orgulloso al verla esgrimir en la batalla. Jamás encontró su digno rival. Estoy seguro que la cuchillada se la dieron a traición. —Se volvió hacia sus dos lugartenientes y explicó—: Don Claudio de la Sagra era capitán cuando nosotros sentamos plaza. Todo lo que en la actualidad somos y podamos ser en adelante a él se lo debemos. Nos enseñó todo lo que un oficial debe saber. Aprendimos a manejar las compañías y a situar las piezas. No solamente esto nos enseñó, sino que además nos imbuyó de su espíritu recio y templado. —Hizo una nueva pausa y agregó—: Desde luego, no perderé ocasión de saludarle.

Tras una breve charla, Villegas y Cosme se separaron, sin imaginar que sus caminos volverían a encontrarse pero que jamás podrían estrecharse las manos.

Diego se dirigió a su casa, donde había establecido el puesto de mando de su compañía. En la puerta montaban guardia dos corsarios armados de arcabuces. Al entrar su capitán saludaron con respeto.

El interior de la vivienda había sufrido ciertas modificaciones. El amplio salón se constituyó en antecámara de su despacho, donde aguardaban los que pedían audiencia y el patio se convirtió en cuerpo de guardia, donde se congregaban los cincuenta corsarios, que se turnaban en los puestos. Allí guardaban también la bandera azul.

El jefe de la guardia, que aquel día era Gustavus Leyden, hacía las veces de secretario.

Cuando Villegas entró en la antecámara se congregaba un buen número de visitantes, que al ver al Corsario Azul se pusieron en pie.

Diego entró en su despacho seguido del alemán.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó.

Leyden desdobló un papel.

—Tres cortosarios han sido arrestados por los alguaciles.

—¿Quiénes son?

—Menegas, el Tuerto y el Extremeño.

—¿Por qué?

—Ze batierron en un metson. Los alguatsiles les capturarron.

—Sacadlos del calabozo y ponedlos en el cepo. Tres días por batirse y otros tres por dejarse capturar. Cuando un corsario saca la espada no la entrega jamás.

Leyden asintió.

—Dos cortsarrios se han acuchillado.

—¿Ha muerto alguno?

—Lograrron separraUos.

—Bien.

—De los que estperran audientsia hay uno que trraae una recomentdatsión de don Juan Pérez de Guznán, otro del almirrant y otro, que viene de España, con una carta de vuestrrro herrmano.

—¿Y los demás?

—No tienen recomendaísiön. Fían tan sólo en sus sertvitsios.

—¿Cuántas plazas hay libres?

—Quedan quintse.

—Haced que pasen.

Gustavus titubeó un instante.

—Han trraído un pliego del alnirrantátzgo. ¿Querréis verrlo ahorra?

—Sí.

Se lo entregó el alemán y Diego lo abrió.

«Mi querido Villegas. Se tienen noticias de que los filibusteros Franquesnay, “Pie de Palo” y Bartolomé el Portugués rondan por las aguas de Cuba. Partid hacia aquella isla en cuanto os sea posible.

Vuestro afectísimo, Montemayor».

Diego se atusó el bigote. Siempre se encontraba dispuesto a partir. Luego se volvió hacia el alférez.

—Que pasen los aspirantes.

Fueron entrando según su orden de llegada, sin hacer distinciones entre los que se amparaban en recomendaciones y los que fiaban tan sólo en sus propios méritos.

El que iba de parte del almirante era un marinero de la Armada

Real, al que don Juan Francisco debía la vida.

El que recomendaba Pérez de Lerma era un hidalgo de Panamá, a todas luces un bala perdida, que buscaba ocupación.

Antonio de Salaverna venía desde España, recomendado por el hermano de Diego. Era un joven de unos diecisiete años, esbelto y bien parecido. Apoyaba la mano en el pomo de la tizona y se cuadraba con arrogante marcialidad.

—He servido en el ejército, en calidad de guzmán. Si pedí una carta de presentación fué para que me recibierais.

—Yo recibo a todo el mundo.

—Eso me dijo vuestro hermano.

Villegas hizo una pausa y luego añadió:

—No es mi costumbre preguntar motivos, ni hacer averiguaciones acerca del pasado de los aspirantes a corsarios, pero me extraña que siendo guzmán no esperaseis a recibir el grado de oficial. Sin embargo, no tenéis obligación de responder.

Salaverría sonrió con tristeza.

—No es ningún misterio. Cuando senté plaza, iba a casarme con una joven. La boda se retrasó a causa de mi partida para el ejército y porque su padre había sido destinado como oidor a Santo Domingo. Estuvo aquí una temporada. Al regresar no lo hizo en los «Apóstoles», sino en un galeón, que fué asaltado por los piratas. Yo quiero rescatarla. Dicen algunos que habrá muerto. Es probable, pero yo haré todo lo posible por saber la verdad y en caso contrario me vengaré.

Diego le contempló con admiración. Tenía temple el muchacho.

—Quedáis admitido —dijo, dándole la mano.

El resto de los aspirantes eran marineros de las naves del Rey, soldados profesionales, espadachines e hidalgos aventureros. Todos habían olido la pólvora y tomado parte en distintos combates.

El Corsario Azul tomó nota de sus méritos y luego eligió a los que parecían mejores.

Incluyó al recomendado del almirante y al de Pérez de Guzmán, ya que éstos no le enviarían jamás a seres inútiles.

Llamó a Leyden y le ordenó que dispusiera las cosas para que el galeón partiera al amanecer del nuevo día. Asimismo le entregó la lista de reclutas.

CAPÍTULO II

LA HABANA

Un corsario entró en la cámara y anunció:

—Señor capitán, nos encontramos a la vista de las costas de Cuba.

Diego alzó la cabeza.

—Gracias. Poned proa a La Habana. Debo hablar con el gobernador.

—A la orden.

El capitán se puso en pie y salió al puente. Ohando, Pérez de Lerma y Leyden contemplaban la accidentada costa de la Gran Antilla. Las palmeras y los cocoteros llegaban hasta el mar y a lo largo de la playa se alzaban los cayos y los placeres. Asimismo, el galeón cruzaba ante islotes de distinto tamaño.

Son los cayos peñascos e islotes que se alzan en medio del mar y durante las borrascas y por la noche resultan un gran peligro para los buques cuyos pilotos no son prácticos en aquellas aguas, especialmente en el siglo XVII, época en que la cartografía no se había desarrollado mucho.

Los placeres son bancos de arena o de piedra formados por la resaca junto a las costas, llanos y de bastante extensión. Se forman asimismo en los remansos de los ríos y con frecuencia poseen partículas de oro; de ahí que los yacimientos, por extensión, se les llamara placeres.

«El Antillano» continuó su navegación alrededor de la isla. Partiendo desde Santo Domingo, La Habana se encuentra al otro lado de Cuba. Durante todo el día costearon, sin tener ningún

tropiezo. Cruzaron ante las islas llamadas Jardines del Rey, por su esplendorosa vegetación, y varios faluchos de pescadores y canoas tripuladas por caribes les saludaron, agitando en el aire sus sombreros de paja.

A simple vista, distinguieron los poblados de bohíos que se alzaban junto a la playa. Al anochecer continuaron la navegación y al día siguiente divisaron el archipiélago. Al otro día, llegaron a La Habana.

Sobre el azul del mar y el colorido de las costas se alzaba la maciza mole del castillo del Morro. Al acercarse más pudieron distinguir las otras fortalezas que defendían la ciudad de los enemigos de España: la de la Fuerza y la de la Punta.

Más adelante divisaron el torreón llamado Castillo de la Cabaña, sobre la muralla denominada de las ejecuciones, que daba vista al mar. El Castillo del Morro disparó un cañonazo para avisar la presencia de un galeón armado e hizo una seña para que los corsarios entraran en el puerto. A través de un bosque de mástiles, «El Antillano» se dirigió hacia el Muelle de la Caballería. Era la Habana uno de los puertos más importantes del Caribe, en el que hacían escala todos los navíos que se dirigían desde la vieja España a la Nueva España.

En el muelle se veía un gran gentío. Marineros de todas las embarcaciones contemplaban al famoso Corsario Azul, soldados y espadachines paseaban con aire altanero, mujerzuelas y negros reían y cantaban.

Un oficial de la guarnición fué a recibir al capitán Villegas. Diego le informó de que había sido enviado por el almirante y deseaba visitar al gobernador.

En cuanto se cumplieron los requisitos, el joven, vestido de negro con la banda de capitán cruzada sobre el pecho saltó a tierra.

El Muelle de la Caballería se encontraba muy cerca de la Plaza de Armas, centro de la aristocracia habanera, reputada como la más elegante de todo el Caribe.

Lechuguinos vestidos a la última moda paseaban a pie o a caballo, seguidos por un criado negro, que se pavoneaba orgulloso de sus chillonas ropas y de no trabajar en el campo.

Lindas damitas, con blancos y vaporosos vestidos, anchos sombreros y sombrillas de encaje para protegerse del sol, paseaban

en carroza o a pie, según sus posibilidades, escoltadas por severas dueñas, cuya expresión ceñuda bastaba para alejar a los atrevidos galanes.

Algunos, más afortunados, acompañaban a grupos de muchachas, divirtiéndolas con sus ocurrencias y sus dichos.

Cuando la gallarda y elevada figura del corsario apareció en la plaza, con su negro bigote, el chambergo terciado que sombreaba el enjuto semblante, la negra casaca, cruzada por la banda de capitán, ajustada a los anchos hombros y a la estrecha cintura, alzada la contera de la tizona y el aire altanero, como de mando, causó un revuelo en la plaza. Le contemplaban los lindos e impertinentes ojos de las muchachas y luego cuchicheaban entre sí, haciendo cabalas sobre la personalidad de aquel apuesto y guapo soldado.

Los lechuguinos, algo amedrentados, callaban al cruzarse con el capitán, cuya edad no era mucho mayor que la suya, ya que miraba con descaro a las mujeres.

Diego se decía que la presencia de los aventureros causaba siempre el mismo interés en las mujeres e idéntica inquietud en los barbilindos. Todo en la vida de los luchadores resultaba brusco y desgarrado. Ni siquiera el amor representaba para ellos el refugio sosegado y apacible de los demás mortales. Para los hombres de aventura se tornaba en una pasión fogosa y revuelta de odios y de afectos.

Escenas como la de la plaza, de agradable galantería en la que los jóvenes conversaban con las muchachas, las gozaban ellos tan sólo muy de tarde en tarde y al cruzar por una ciudad, de paso para una batalla u otra, contra el enemigo del día.

Sonrió al pensar lo que iba a ocurrir cuando Pérez de Lerma y Felipe de Castro aparecieran en la Plaza de Armas, reclamando insolentemente su puesto de hombres de verdad, ante aquellas lindas damitas.

Continuó su camino el corsario, encaminándose hacia la Quinta de los Molinos, residencia del gobernador.

En la puerta se cuadraron los alabarderos de la guardia y un lacayo le condujo al despacho de don Pedro Bayona Villanueva, gobernador de la isla de Cuba.

Era don Pedro un antiguo soldado, entrado ya en años, que gozaba de gran prestigio en todo el Caribe a causa de sus planes

para la defensa de la isla que llevó a efecto, evitando así un buen número de incursiones bucaneras. Había estado a las órdenes del último gobernador español de Jamaica y cuando la invadieron las naves inglesas, en combinación con los filibusteros, organizó la defensa del territorio mientras le fué posible. Estaba preparando una expedición para recuperar la isla, cuando le sorprendió la muerte, algunos años más adelante.

Bayona Villanueva se puso en pie al ver entrar a Villegas.

—Bienvenido, señor capitán —saludó.

—Excelencia, el almirante Montemayor me envía porque se han visto naves piratas por estas aguas.

El gobernador asintió.

—Yo fui quien pidió a don Juan Francisco que os enviara a Cuba. —Hizo una pausa y agregó—: Los filibusteros siguen siendo una plaga, que es necesario combatir con sus propias armas. Vos habéis demostrado la facilidad con que se les puede hacer frente. No es misión de la Armada de guerra batir a los piratas, como no lo es del ejército perseguir a los bandidos. Además, sabéis muy bien que ellos jamás presentan batalla abierta y que nunca se agrupan, formando flotillas. Ésta es labor de corsarios tan sólo. Por otra parte, la amistad aparente de Inglaterra y de Francia, impide a la marina perseguir a los bucaneros hasta sus puertos de La Tortuga y de Jamaica, pero sí pueden hacerlo los corsarios. —Hizo una pausa y agregó—: Pienso extender algunas patentes de corso, para todos los capitanes que merezcan garantía.

—Lo juzgo muy acertado. Pedí al Cabildo, de Santo Domingo que hiciera lo propio, pero se negaron. Decían los comerciantes que los gastos eran muchos y que esto excitaría a los piratas y les lanzaría sobre los puertos españoles.

—Este inconveniente también me lo presentaron a mí los pusilánimes. En cuanto a la primera objeción no lo podrán hacer aquí los comerciantes. Aquellos que soliciten patentes de corso deberán aportar las naves.

Villegas sonrió.

—Me parece una buena solución.

—Hablemos ahora de los filibusteros —agregó Bayona—. Hasta ahora se han identificado a las naves de «Pie de Palo», del Portugués y de Franquesnay. Cada uno conduce dos embarcaciones,

excepto Franquesnay, que posee tres fragatas Pero se han visto otros navíos, con la enseña negra, cuyo jefe no han podido reconocer.

—¿Han cometido muchos desmanes?

—Hasta ahora tan sólo han abordado las embarcaciones fuera de los puertos. Especialmente bergantines costeros que recorren las poblaciones de escasa importancia. También han atacado las naves que se dirigen de La Habana a Santiago y las que comercian entre las distintas islas. Pero hasta ahora no se han atrevido a desembarcar en las poblaciones.

—He oído hablar del Portugués. Pero sé muy poco de su persona. De «Pie de Palo» nada sé, ni siquiera había oído hablar de él.

Bayona se atusó el bigote.

—En realidad —comenzó a decir— son dos personajes un tanto misteriosos. De Bartolomé se deduce por su apodo que nació en Portugal, así como Francois

L'Olonais

era natural de Sables

d'Olonne.

Como gran parte de su tripulación está compuesta por holandeses y mestizos de portugués e indios, me hace suponer que es de los que traicionaron al duque de Alburquerque, pasándose a los invasores de Pernambuco^[3]. Casi nunca se detiene en La Tortuga, ni en Jamaica, los principales centros de bucaneros, y jamás se le ve en otras colonias inglesas y francesas. Repasa su buque en Curacao y hasta ahora había operado hacia el Sur, atacando los galeones que partían del Virreynato del Plata.

¿Y «Pie de Palo»?

—De éste se sabe algo más, aunque hace poco que navega. Se llama Cornelisz Jolls y, aunque asegura ser inglés, su nombre más. Parece danés u holandés. Refugia sus naves en la Barbada y sus marineros constituyen la hez de «La Hermandad de la Costa». Otro capitán que no fuera él o el olonés no lograría dominar a esos hombres duros, indisciplinados y crueles. «Pie de Palo» no es joven y nada se sabe de sus actividades con anterioridad a la piratería, aunque es de suponer que ha sido soldado u oficial de la Armada Británica. Su nombre proviene de que lleva una pierna de madera.

Diego se puso en pie.

—Si vuestra excelencia me lo permite iré a disponer que salgamos mañana. Quisiera dar un día de descanso a mis corsarios.

Bayona hizo un ademán de asentimiento.

—Ni preguntarlo debíais. La Habana recibirá siempre a los defensores del reino. Una última advertencia. ¿Habéis navegado mucho por Cuba?

—No, Excelencia.

—Los cayos ofrecen un magnífico refugio a los piratas y los cortos pero profundos ríos son puertos naturales en los que entran al anochecer y permanecen protegidos, muchas veces incluso de día. Los galeones sin embargo tienen demasiado calado para entrar.

* * *

En cuanto se repartió la comida a bordo los corsarios saltaron a tierra llenando el puerto con sus risas y sus abigarradas vestiduras.

Los centinelas contemplaron con envidia cómo se alejaban sus compañeros, invadiendo la ciudad con su presencia insolente, altanera y audaz.

Era La Habana la ciudad maravillosa del Caribe. El vino y el ron que se servía en los mesones era el mejor, sus mujeres las más hermosas y tan sólo allí, de cuando en cuando, se detenía una compañía de actores.

Los marineros y soldados llenaron muy pronto las tabernas, abrazando a las mozas y bebiendo de las botellas que les ofrecían. A voz en cuello entonaban sus canciones y muy pronto se oyó el rasguear de las vihuelas, mientras algún corsario andaluz, esbelto, renegro y cenceño, ejecutaba unas seguidillas, acompañado por las rítmicas palmadas de sus amigos.

Los hidalgos, vistiendo sus mejores ropas, se encaminaron hacia la Plaza de Armas, deteniéndose en cada mesón que a su paso encontraban.

Al anochecer, la Plaza de Armas se encontraba aún más concurrida que durante las mañanas. Ni un lechuguino, ni una muchacha que se considerase miembro de la aristocracia dejaba de acudir allí, cuando el fresco de la noche eclipsaba los ardores del sol de los trópicos.

Los lechuguinos se apoyaban en altos bastones con puño de plata y ostentaban casacas de seda. Las jóvenes lucían trajes más

cerrados que por la mañana, pero habían dejado las sombrillas en su casa.

Los corsarios entraron muy erguidos, con los bigotes erizados, las conteras de las tizonas más alzadas y el chambergo terciado.

Dirigían ardientes miradas a todas partes, sin prestar atención en si las mujeres iban o no acompañadas.

Los barbilindos comenzaron a impacientarse. Aquello no se podía tolerar.

* * *

Una hora más tarde, Diego y Ohando se encaminaron a la Plaza. Los lechuguinos, muy indignados, se habían agrupado en un extremo, contemplando cómo los corsarios charlaban con las muchachas.

CAPÍTULO III

ENCUENTRO NAVAL

El galeón surcaba las aguas azules del Caribe. Se habían alejado un tanto de la costa para que los bucaneros no pudieran descubrir su identidad, y, juzgándole un navío mercante, le atacasen.

Las playas de Cuba formaban tan sólo una línea oscura en el horizonte.

Los vigías, encaramados en las vergas, oteaban el mar incesantemente, buscando velas adversarias, pero las aguas aparecían desiertas por completo.

Los corsarios descansaban sobre cubierta, tendidos a la sombra de las lonas. El crugir de las vergas era el único ruido que se mezclaba con la conversación de los corsarios sostenida en voz baja.

Diego, de pie en el puente, contemplaba el mar con expresión ceñuda.

En su mente había renacido una idea que antaño tuvo. Las palabras del gobernador Bayona la habían despertado, incluso cuando él las relegó al olvido.

Villegas había pensado en organizar una flota corsaria y arrasar con ella los nidos de los bucaneros. Se imaginaba asaltando al frente de varias naves Haití y La Tortuga.

Ambos territorios volverían bajo el dominio español y el peligro de «La Hermandad de la Costa» quedaría relegado a islotes de menor importancia. Luego caería Jamaica, Guadalupe, Montserrat, La Martinica, La Barbada y todas las islas menores que ingleses, franceses y holandeses poseían en el Caribe. Sin embargo, la piratería no concluiría por completo. Siempre había hombres

dispuestos a emprender el camino del mal, pero no encontrarían gobiernos extranjeros que les protegiesen.

El gobernador Bayona pensaba extender patentes de corso. Sabía, lo mismo que en Santo Domingo, que los pusilánimes alegarían que no servía más que de aguijón para que los bucaneros se sintieran exasperados y extremaran sus ataques. Pero si lograba frustrar en gran parte la amenaza filibustera, esto sería una prueba para que la esgrimiese don Juan Francisco y, quizá, el ejemplo cundiese en Santo Domingo.

Pero transcurrían ya tres días de navegación sin que apareciese un solo buque enemigo.

En aquel momento, como si los hechos obedeciesen sus pensamientos, el Tuerto gritó:

—¡Buque a la visita!

Se hubiera dicho que era una consigna. Los adormilados corsarios se pusieron en pie de un brinco y alzaron la vista, esperando las palabras del vigía.

El Tuerto, gozando de su momentánea importancia, hizo una pausa, como si se asegurara de lo que sabía muy bien, y agregó:

—¡Son dos fragatas! ¡Izan el pabellón negro!

Una salva de vítores se alzó de las cubiertas. La voz de Diego ordenó:

—¡Zafarrancho de combate!

Batieron los atambores mientras los pífanos y la corneta tocaban «al arma».

Corrieron los corsarios a buscar machetes, picas y arcabuces. Con las pisadas de los pies descalzos se mezclaban las voces de mando de los suboficiales.

Leyden y Pérez de Lerma, con las espadas colgando de los tahalíes y las pistolas al cinto, aparecieron en cubierta, disponiéndose a colocar a sus hombres.

Matholi se lanzó al entrepuente, animando a gritos a los artilleros que disponían las baterías.

Desde el puente, Ohando daba órdenes que transmitía Azogue. Por las escalas y las vergas, se encaramaban los marineros, con el machete al costado.

Por cubierta se extendieron los artilleros, colocando barriles de pólvora y cestos de balas junto a las piezas.

Gustavus distribuyó a los arcabuceros, al tiempo que Juan formaba a los piqueros. Castro y Mendoza ocuparon sus puestos, atentos a que nadie desobedeciera las órdenes.

Fernando se acercó a Menergas y a sus dos amigos.

—Ésta es la ocasión para rehabilitaros ante el capitán. Podéis hacer que olvide que os desarmaron.

El cabo de alabarderos protestó:

—Te aseguro que no fué culpa nuestra. Ellos eran veinte y nos apuntaron con sus arcabuces.

En el puente, Fajeda se acercó a su capitán y le entregó las armas. Diego se colocó las pistolas en el cinto y pasó el brazo izquierdo por el tahalí. Luego Pedro le alargó las suyas al piloto.

Las naves se acercaron sobre las aguas azules, de las que el sol arrancaba cegadores destellos. Bandas de aves marinas cruzaban junto a las embarcaciones y una leve espuma se alzaba ante la proa.

Las dos fragatas avanzaron hacia el galeón.

Los corsarios, ocultos tras la borda, esperaban el momento de la lucha.

En la popa ondeaba el pabellón de España.

Los buques filibusteros acortaron la distancia que les separaba de «El Antillano». Con toda seguridad le habían tomado por un navío mercante. Sus hombres se habían ocultado tras las bordas y las portañolas no se encontraban abiertas, de modo que el enemigo no podía calcular la fuerza que tenía enfrente.

Las naves se acercaban cada vez más. Del costado de una de las fragatas partió un cañonazo de aviso, que cayó a corta distancia de «El Antillano».

Nadie se movió en el galeón, pero todas las miradas se volvieron hacia Diego. Sin embargo, el capitán aguardó aún.

Las fragatas se acercaron hacia «El Antillano». Querían asegurarse el botín sin necesidad de luchar. La que parecía capitana disparó nuevamente e hizo subir y bajar sus gavias. Era la señal para que se pusiera al paio.

Entonces gritó Villegas:

—¡Izad el estandarte de combate! ¡Abrid las portañolas! ¡Fuego!

Sus órdenes se ejecutaron con rapidez. Mientras el pabellón azul ascendía, entre gritos de entusiasmo, hasta lo alto del palo mayor, aparecían las bocas de fuego y comenzaron a disparar contra los

enemigos.

Las dos fragatas quedaron indecisas por un instante. El hecho de que su presunta víctima fuera el Corsario Azul las dejó estupefactas, pero como el galeón marchaba a su encuentro, envuelto en nubes de humo y escupiendo metralla, optaron por retirarse.

Sin embargo, no eran tan sencillo esquivar al capitán Villegas y muy pronto el galeón daba caza a una de las fragatas.

El capitán bucanero, fiando en la ligereza de su nave, ordenaba a sus hombres que partiesen con rapidez hacia la costa, donde se ocultarían en algún cayo o en algún río, pero Ohando era demasiado buen marino para desaprovechar su mayor número de velas.

Como no podía abordar las dos embarcaciones a un tiempo, Diego se lanzó sobre la capitana. Sus cañones de babor vomitaron metralla y cadenas, que barrían la cubierta enemiga, derribando hombres y mástiles. A los gritos de muerte se sumaba el crujir de la madera al quebrarse y las velas se empapaban de la sangre en la que los muertos y los heridos yacían.

Mientras, las piezas de estribor disparaban sobre la otra fragata, que se alejaba, abandonando a su compañera.

Mátholi acudió al entrepuente y dirigió el cañoneo. Conocía muy bien el siciliano la lucha en el mar. Apuntó las baterías y gritó:

—¡Fuego!

Un estampido resonó en el pasillo y un fogonazo iluminó los morenos semblantes que se alineaban junto a las balerías.

La andanada alcanzó de lleno a los fugitivos. Una bala destrozó el timón, mientras otra derribaba el mastelero del mesana.

La fragata comenzó a girar sobre sí misma, impulsada por el viento y por la corriente, incapaz de dirigirse.

El timonel y el capitán hicieron esfuerzos para enderezar la nave, pero todo resultó inútil. Se encontraban en medio del mar a merced de las olas y del Corsario Azul.

Mientras, el galeón se acercó a la capitana pirata. Los cañones arreciaron su fuego. Desde el entrepuente, batían las portañolas enemigas disparando con fuego raso. Saltaban las maderas hechas astillas al tiempo que los artilleros caían junto a las piezas destrozadas.

Parapetados tras la borda, los arcabuceros accionaban sus armas

sobre la cubierta enemiga. Cazados por las balas corsarias, los piratas caían, agarrotando las manos sobre los machetes.

Diego blandió la tizona en el aire y gritó:

—¡Lanzad los garfios!

Volaron por el aire los improvisados ganchos, haciendo presa en la nave adversaria. Varios españoles agarraron las cuerdas y comenzaron a tirar.

En su puesto, apretando la pica con desesperación, Antonio de Salaverría aguardaba el momento de lanzarse sobre la nave enemiga.

Los cascos de las dos embarcaciones se encontraban a punto de chocar. Los corsarios se agolpaban en la borda que se erizaba de armas y de semblantes enjutos.

En el entrepuente, apartaron los cañones, y todos los artilleros se dispusieron a saltar por las portañolas sobre la embarcación adversaria.

Chocaron los dos cascos de los buques. Un grito cortante y feroz se alzó sobre la algarabía de vítores:

—¡Santiago y cierra España!

En pos del capitán, saltaron a la nave bucanera las oleadas de corsarios, pica en ristre. Desde el entrepuente, abriéndose camino a pistoletazos y a golpes de machete por las angostas portañolas, los artilleros iniciaron la lucha. Saltando por encima de los muertos y los cañones destrozados, persiguieron a los bucaneros por los estrechos corredores con un chocar de armas.

Por la cubierta, rompían la marcha los alabarderos, repartiendo golpes a diestro y siniestro. Las espadas y los machetes se descargaban con ferocidad sobre el enemigo, mientras las picas se hundían en la carne.

Diego formaba a su alrededor un círculo de muerte. Su tizona describía acerados centelleos, cuando paraba un arma o se clavaba en el cuerpo de algún adversario.

Sus hombres conocían muy bien su táctica de abordaje. No había que permitir que el enemigo formase un núcleo importante en la cubierta. Era necesario separarles de modo que su resistencia se debilitara y el ataque debía ser rápido y brutal, como una tromba que todo lo arrollara.

Los corsarios saltaban sobre los enemigos, acuchillándoles sin

piedad, clavándoles con picas en la cubierta.

Menergas, el Extremeño y el Tuerto se abrían paso hacia el capitán filibusteros que, rodeado por un grupo de sus hombres, se defendía con tenacidad.

Los tres corsarios se miraron en silencio. Lanzarse sobre aquella guardia negra era lo mismo que marchar a la muerte, pero la muerte era preferible a seguir soportando las burlas de sus compañeros, por haber sido desarmados por los alguaciles. Además, era la mejor oportunidad para rehabilitarse ante el capitán.

Con la cabeza gacha y el cuerpo inclinado sobre la alabarda cargaron ciegamente. El filo de sus armas y la acerada punta les abrió un boquete a través del círculo de bucaneros y súbitamente se encontraron junto al diminuto y barbirrojo capitán. Éste se encontraba tan asombrado que ni siquiera pensó en reaccionar.

Menergas y el Extremeño se lanzaron sobre el bucanero, al tiempo que el Tuerto les protegía a golpes de alabarda.

Con no pocos esfuerzos lograron dominarle. El capitán bufaba, maldecía y pataleaba, pero al fin quedó impotente bajo las garras de los corsarios.

Entonces Menergas vio a Pedro Fajeda.

—¡Paisano! —gritó—. ¡Va para ti!

Lanzaron al capitán por el aire que, sin cesar en su pataleo, fué a caer en brazos del escudero. El catalán le contempló con disgusto y cansado sin duda alguna de sus alaridos le atontó de un puñetazo.

La batalla crecía en intensidad. Por las escotillas aparecían los semidesnudos y tiznados artilleros, blandiendo sus ensangrentados machetes. Junto al palo mayor unos piqueros concluían con los gritos de varios bucaneros.

Por el puente, Villegas y Pérez de Lerma repartían estocadas sin descanso.

Algunos filibusteros se lanzaron al mar, impulsados por el terror que sentían por los españoles.

Hacia el alcázar de popa, eran arrollados los últimos grupos de piratas. Las picas y las espadas de los corsarios les empujaban sin descanso. Con terror veían cómo se cerraban ante ellos los semblantes morenos, que brillaban de salvaje alegría.

Y de pronto se volvieron a abrir. Con estupor, contemplaron los bucaneros cómo se habría el círculo mortal de corsarios, igual que

si les dejaran paso libre. Pero dos escuadras de arcabuceros se echaron las armas a la cara y oprimieron los gatillos. La descarga derribó a la mayor parte, que se retorcieron sobre la sangre que manaba de sus heridas.

Luego cargaron nuevamente los corsarios. La lucha fué breve, pero quizá la más dura. Los supervivientes de la tripulación filibustera se defendían de espaldas a la pared. Sabían que sus vidas iban a durar mientras sostuvieran las armas. Pero, uno a uno fueron cayendo bajo la furia española.

CAPÍTULO IV

SIGUE EL ENCUENTRO

Diego mandó soltar los garfios y separarse de la fragata, cuya tripulación yacía exánime sobre charcos de sangre, a excepción del capitán, que se encontraba maniatado en la bodega del galeón.

«El Antillano» viró encaminándose hacia el otro buque, juguete de las olas. Algunos de sus tripulantes habían intentado arriar las lanchas y dirigirse a la costa, pero la mayoría seguían a bordo de la fragata, dispuestos a vender caras sus vidas. Su única esperanza era batir al galeón y luego encaminarse a tierra con sus lanchas, pues si lo hacían cuando los corsarios seguían en pie de guerra les perseguirían implacablemente, contando con la mayor rapidez de la embarcación.

Se aprestaron a la defensa, que era el único medio de salvarse. Pegados a los cañones, con las armas bien sujetas, aguardaron, el ataque español.

Avanzó «El Antillano» con las velas desplegadas, apuntando sus piezas hacia el enemigo.

Lentamente fué cruzando las aguas hasta acercarse a la fragata. Los bucaneros colocaron la mecha en los cañones e hicieron fuego, pero sus disparos se perdieron inofensivamente en el mar, ya que al carecer de timón la fragata navegaba, al garete y no podía dirigir bien sus tiros.

El galeón se fué acercando al filibustero. La metralla barría la cubierta de este último y las andanadas destrozaban las portañolas.

Desde el puente, Ohando mandaba la maniobra para que la nave se colocara junto a la fragata.

Lentamente, Martín colocó al galeón junto a la embarcación enemiga. Los arcabuceros se alzaron en la borda y enfilaron sus armas, batiendo al enemigo.

Diego gritó:

—¡Lanzad los garfios!

Por segunda vez los ganchos hicieron presa en la borda enemiga y los corsarios se apresuraron a tirar de las cuerdas. Un golpe de mar les ayudó y la fragata fué lanzada sobre el galeón. Chocaron los costados de la nave y, en aquel instante, impulsado por la desesperación, el capitán bucanero tuvo una idea peligrosa, pero la única capaz de salvarles.

Con los machetes en alto y las picas enristradas, se lanzaron al abordaje. Si pudieran capturar «El Antillano» era no sólo la salvación sino la fortuna y la hazaña más grande realizada por ningún filibustero. La captura del Corsario Azul.

Pero este inesperado cambio en los papeles no desanimó a los españoles. Los arcabuceros arreciaron el fuego sobre los que pretendían asaltarles, mientras los piqueros y marineros disparaban sus pistolas.

La descarga derribó a un buen número de enemigos. Soltando las armas, se desplomaron, cayendo al mar. El avance se detuvo durante una fracción de segundo. Pero en este breve intervalo una bronceada y musculosa figura se colocó en cabeza de los corsarios, blandiendo una tizona.

—¡Santiago!

—¡España! ¡España! —respondieron las voces de los aventureros.

Como un ariete, como una manada de toros rabiosos, los españoles cargaron sobre los bucaneros. En las bordas unidas de las dos naves, sobre el mar, se enfrentaron los dos bandos. Ciegamente se acometieron, golpeándose con las picas, con los machetes, con los puños desnudos. Muchos de los luchadores caían abrazados al agua, prosiguiendo la lucha en el líquido azul del Caribe.

Pero el empuje feroz de los corsarios arrolló la defensa de los filibusteros. Cargando con las armas enristradas se desparramaron por la cubierta. La lucha se generalizó. Por la cubierta, por el puente y por el castillo de popa se batían los enemigos, atacándose con ferocidad.

Uno de los filibusteros corrió con una mecha encendida hacia un barril de pólvora que se veía sobre la cubierta. En su desesperación, prefería volarlo todo.

Salaverría empuñó la pica como si fuera una lanza y la arrojó con fuerza.

El pirata cayó sin vida, con un palmo de acero que le salía del pecho.

Villegas repartía cintarazos a diestro y siniestro. Su espada describía mortales centelleos, que abrían brechas a su alrededor.

Fajeda vio cómo uno de los bucaneros se descolgaba por la escotilla. El catalán soltó la espada y sujetando entre los dientes su puñal berberisco se lanzó en su persecución.

Se deslizaron por un estrecho pasadizo. El filibustero avanzaba, asegurándose de que nadie le seguía, pero Pedro, pegado a las paredes, marchaba cautelosamente.

Llegaron ante una puerta cerrada y el pirata se dispuso a abrirla. El escudero aguzó el oído y hasta él llegaron unos gemidos de mujer.

Era la prisión donde encerraban a las cautivas.

El bucanero se dispuso a descerrararla de un pistoletazo. Pedro encogió los músculos a punto de saltar.

Estalló la detonación, acompañada de un grito, que se oyó al otro lado de la puerta. De una patada la abrió el forajido. El catalán pudo ver una habitación mal alumbrada, en la que algunas mujeres se agrupaban aterradas.

El pirata entró en la estancia.

—Nos serviréis de salvaguarda —dijo—. Diremos a vuestros amigos que si no se retiran moriréis y como son tan caballeros...

—¿Estáis seguro de que podréis hacerlo?

El filibustero se volvió asombrado. En el umbral, cerrando el paso, sombrío y amenazador, se alzaba Pedro Fajeda, con el puñal desnudo en la mano.

El pirata hizo un ademán para empuñar la pistola, pero el catalán saltó sobre él con la agilidad de una pantera. Rodaron por el suelo los luchadores, unidos en mortal abrazo. Las mujeres, asustadas, presenciaban la escena, lanzando gritos de terror.

No le resultó muy difícil al escudero asir con fuerza a su enemigo e inmovilizarle. Examinó las facciones brutales del

bucanero y alzó el puñal en alto. Por dos veces se hundi6 en la carne del pirata.

Luego el catalán se puso en pie y se volvi6 hacia las cautivas, dirigiéndoles una tranquilizadora sonrisa. Pero las mujeres se asustaron aún más y comenzaron a implorar que no las mataran.

Pedro alzó las manos.

—Calmaos, señoras. Hemos venido a rescataros.

—¿Quién sois? —preguntó una de ellas.

—Pedro Fajeda, escudero del capitán Villegas.

—¿El Corsario Azul?

—El mismo —dijo el catalán con orgullo.

Las cautivas rompieron en sollozos de alegría. Una de ellas se arrodilló y dijo:



El pirata cayó sin vida con un palmo de acero que le salía por el pecho.

—¡Gracias, Dios mío! Había rezado mucho para que él viniera a salvarnos.

El estruendo de la lucha había cesado y Fajeda creyó oportuno subir a cubierta. Cortó las ligaduras que sujetaban a las cautivas e invitó:

—Síganme.

Cruzaron los estrechos corredores y volvieron a salir a cubierta.

Los corsarios limpiaban sus armas y empujaban a los supervivientes de la tripulación pirata hacia el galeón.

Pedro, después de recoger su espada, se acercó a Diego, seguido por el cortejo de mujeres, que contemplaban con horror y repugnancia la cubierta llena de sangre y llena de cadáveres.

Las cautivas avanzaban alzándose la falda y procurando no pisar los cuerpos allí tendidos, entre la regocijada sorpresa de los españoles.

Villegas preguntó:

—¿Quiénes son?

—Cautivas. Yo las he liberado.

Diego se inclinó con cortesana galantería.

—Celebro ser quien les devuelve la libertad. Mi escudero les acompañará al galeón.

Escortadas por el tremebundo Fajeda, que a aquellas pobres mujeres les parecía un ángel, fueron instaladas en «El Antillano».

Mientras, los corsarios trasladaban a su buque todas las presas que guardaban en su nave los piratas.

Doblones, piezas de a ocho, barras de plata y de oro, joyas y ánforas, seda y lienzos fueron cuidadosamente depositados en las cámaras del galeón.

Algunos españoles elegían las armas de los muertos que más hermosas les parecían. Ningún remordimiento podía caberles, ya que todo era producto del robo.

Por último, regaron el buque de pólvora y cuando se hubo alejado el galeón dispararon una descarga de tizones encendidos. La fragata se incendió, meciéndose sobre las olas como una antorcha flotante, «El Antillano» se acercó a la capitana, que, después de haber retirado todo lo que contenía, fué incendiada a su vez.

Villegas llamó a su cámara a las cautivas y tomó nota de sus nombres, lugar de residencia, familiares y buque en el que habían sido capturadas. Las pobres mujeres relataban tristes historias de saqueo y de sangre. Algunas a nadie tenían en el mundo. Habían presenciado cómo sus padres, sus esposos o sus hijos eran asesinados ante ellas.

Luego, el corsario llamó a Salaverría.

—Quizá alguna de estas señoras sepa algo acerca de vuestra

novia.

El joven las examinó con atención, buscando un semblante conocido. Luego negó con la cabeza.

—Mi novia se llama Catalina Espinel y embarcó en el galeón «Viuda de Malabar» con su padre.

Las cautivas negaron a su vez. Sabían que el «Viuda Malabar» había partido de Puerto Rico y que no volvieron a tener noticias de la nave.

Hízolas salir Diego y llamó al capitán pirata. Antonio le contempló con odio y repugnancia. Quizá, aquel enano barbudo era quien había apresado a Catalina.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Villegas.

El bucanero se encogió de hombros y respondió:

—I

don't

understand^[4].

El corsario le miró nuevamente.

—

¿What's

your name?^[5]

—Joss Sedley.

—Bien, Joss Sedley —continuó Villegas— quería preguntarle si había capturado un galeón llamado «Viuda de Malabar».

El inglés negó con la cabeza. No, él no había sido. Lo juraba por...

Diego le interrumpió. ¿Sabía quién fué el culpable? Lo ignoraba.

Villegas se volvió hacia Salaverría y dijo:

—Preguntaremos a los demás.

Se retiró el capitán y entraron los veinte supervivientes de la tripulación pirata.

Formaban un conjunto brutal y grosero. Sus frentes eran hundidas, los ojos brillaban como los de los chacales. La mayor parte eran ingleses, aunque un par de ellos eran holandeses y uno, a juzgar por su aspecto, francés.

—Do you understand me^[6] —preguntó el corsario.

Sí, todos le comprendían y todos sentían un profundo terror. Se humedecían constantemente los labios, dirigiéndole temerosas miradas.

Quería que le explicaran, siguió Diego, todo lo que supieran acerca del galeón «Viuda de Malabar», que partió de San Juan de Puerto Rico, procedente de Veracruz, con destino a Sevilla, y de una muchacha, hija de un juez, que se llamaba Catalina Espinel.

Los bucaneros negaron su participación en aquella fechoría, ellos nada sabían. Estaban dispuestos a jurarlo.

Diego se volvió hacia Salaverría y éste dijo:

—Nada saben, ¿verdad?

—Exacto.

—De todos modos —continuó Antonio— gracias por vuestro interés, señor capitán.

Villegas sonrió.

—No desesperéis. Encontraremos a vuestra novia.

CAPÍTULO V

SANTIAGO

El galeón se acercaba lentamente, a la costa. Las playas y las rocas se abrían, formando una ancha bahía. Un corsario comentó:

—Ahí, hacia el nordeste, se alza Santiago de Cuba.

Los corsarios permanecían acodados en la borda, contemplando el exuberante paisaje cubano.

Sobre las rocas y las playas doradas descendían los caobos y los cocoteros que se extendían por las ondulantes colinas hasta donde alcanzaba la vista. Los arbustos y las lianas formaban una red tupida y espesa que unía los árboles entre sí, como si toda la manigua fuera una masa verde y compacta a la que el sol arrancaba sus reflejos.

Las aguas, al entrar en la bahía, le tornaban plácidas y transparentes. Desde la nave veían los tripulantes cómo huían los peces asustados por la negra sombra de la embarcación.

Los corsarios que ya habían visitado Santiago de Cuba, no cesaban de alabar sus excelencias. Para los navegantes era mucho mejor que Santo Domingo. Ciertamente que las autoridades de este último puerto eran más tolerantes, pero Santiago era una ciudad más rica y seguía en importancia a La Habana. Las cautivas contemplaban con distintas emociones la bahía en la que concluiría su viaje de pesadilla. Para unas representaba reintegrarse a su familia, a su hogar. Tenían parientes en aquella o en otra isla española del Caribe. Algunas los tenían en la metrópoli o en Tierra Firme. Mas para otras era la continuación de su desgracia. Todos sus familiares habían muerto a manos de los bucaneros y se encontraban solas en

el mundo.

Mientras duró el cautiverio, esta desgracia quedó momentáneamente olvidada ante la magnitud de la tragedia. Luego, la alegría de verse libres les impidió darse cuenta de este hecho.

Pero, entonces, cuando los corsarios hablaban de cosas de la vida civilizada, al ver el júbilo de sus compañeras que iban a reintegrarse a sus hogares, comprendieron su trágica situación.

Solas, sin amigos ni parientes, en una ciudad desconocida, enclavada en un mundo de luchas y de batallas.

Algunas desearon haber muerto, porque el recuerdo de sus esposos o de sus hijos asesinados por los filibusteros se hacía más fuerte y como una losa les oprimía, impidiéndoles respirar. El galeón surcaba las aguas de la bahía, angosta y tortuosa, que les conduciría hasta el puerto. Tiene unos siete cables^[7] de ancho y se interna unas tres millas y medía hacia el interior. Las costas de la bahía son, rocosas y accidentadas, abundando en cayos, puntas y ensenadas.

Según avanzaba «El Antillano», a derecha e izquierda se advertían signos de la presencia humana.

Primero algunas canoas, tripuladas por caribes, medio desnudos, cuyos musculosos cuerpos cobrizos relucían al sol, húmedos de sudor y de agua de mar, que contemplaban la embarcación, saludando con la mano.

Luego vieron algunas lanchas de pescadores españoles, vestidos con un pantalón de lienzo, arrollado hasta el muslo y el torso desnudo que agitaban en el aire sus sombreros de paja.

Más tarde se cruzaron con un falucho que salía a alta mar. Los marineros saludaron al galeón y al distinguir el estandarte que ondeaba en el palo mayor, el patrón, haciendo bocina con las manos, gritó:

—¡Bienvenido, Corsario Azul!

En los promontorios, muchas veces en la playa y entre el follaje se distinguían bohíos de paja o casas de adobe.

De las más cercanas al mar salían muchachas a contemplar el paso del galeón. Con frecuencia veían a una mujer que repartía grano entre las gallinas y que saludaba a los corsarios.

Más adelante pasaron entre aldeas de chozas, construidas cerca de la playa, cubierta de barcas en la que se bañaban chiquillos

desnudos.

A veces veían, en la distancia, la mole blanca y señorial de una mansión, rodeada de cafetales y cañaverales en los que trabajaban negros.

Azogue señaló hacia el nordeste exclamó:

—Aquello es la Sierra del Cobre.

Contemplaron los corsarios los ramales de la serranía que se extendían en el fondo de la bahía, dejando un vacío en el centro.

—En ese vacío —explicó el contramaestre— se alza la ciudad.

La bahía se iba estrechando ostensiblemente. A simple vista se distinguían los accidentes de ambas orillas y se oían los gritos con los que les saludaban los habitantes de las riberas.

Un cayo se alzó junto a la costa de babor.

—Éste es el cayo Smith —dijo Vicente de Azogue—. Se le da este nombre porque en él se hizo fuerte un pirata al que sitiaron los de Santiago.

A partir del cayo la bahía volvió a ensancharse y el galeón dobló una punta, rebasada la cual distinguieron los corsarios la Ciudad de Santiago de Cuba, al pie de una colina caliza que se extendía en forma de anfiteatro alrededor de la población.

Azogue iba demostrando su conocimiento del puerto, al dar el nombre de los accidentes de la costa.

—A babor se ve la Ensenada del Gascón, la Punta del Perro, la Ensenada del Perro y la Punta Ciruela. A estribor la Ensenada Jardín, la Punta Salinas, la Punta Blanca, el Varadero y la Ensenada Punta Blanca.

Un bosque de naves se veía fondeado en el puerto de Santiago de Cuba. Los muelles, tras de los que se alzaban los blancos edificios de la ciudad, con techos rojos y casi todos de una sola planta a causa de los temblores de tierra, se extendían ante los ojos de los corsarios. A la derecha del puerto se levantaba un faro, el castillo de la Punta o del Morro^[8], y el de la Estrella. Este último había sido construido en una ensenada, que formaba el placer que despedía la punta. Algo más lejos se veía una alta ribera en la que desembocaban varios ríos, entre ellos, el de los Caimanes y el de Paradas y el arroyo Gascón.

Junto al muelle de la Aguada, donde se detenían las embarcaciones para hacer provisión de agua, se veía un carenero^[9].

El poblado que construyeron a principios del siglo xvi, Diego Velázquez y Pánfilo Narváez, había prosperado mucho. Las minas de cobre que existían por los alrededores y los cafetales y los ingenios le dieron una riqueza que atrajo a su puerto a numerosos buques que transportaban mercancías.

Más antiguo que La Habana, Santiago de Cuba se enorgullecía de su ambiente reposado y señorial, muy distinto del agitado de la capital, donde se detenía todo el comercio español en el Caribe.

Así como a los buques mercantes, la riqueza de Santiago atrajo también a las naves filibusteras. El inglés Francis Drake, que con la protección de la reina Virgen asolaba las colonias españolas, intentó por dos veces saquearla, aunque en vano. Tras una dura lucha, el francés Jacques de Sores, llamado de Soria por los marineros, la incendió en 1554 y, en los albores del siglo diecisiete, Gilbert Girón, bucanero francés, la asaltó, capturando al obispo, pero fué rechazado y muerto por los bravos habitantes de la ciudad, a las órdenes de Gregorio Ramos.

El castillo del Morro, que fue bautizado de «San Pedro de la Roca», disparó un cañonazo para avisar la llegada de un galeón armado. Azogue, continuando sus explicaciones, señaló una llanura.

—Ahí, hace años, el gobernador Morales cometió la equivocación de presentar batalla a los ingleses con sólo doscientos hombres y fué arrollado a pesar del valor de sus tropas. Desde entonces le llaman «Llanura de las Lágrimas».

Sobre el puerto se levantaba un castillo denominado de Santa Catalina, por cuyas murallas paseaban los centinelas con el arma al brazo. «El Antillano» cruzó a través de los buques y se acercó al muelle.

La multitud de marineros, soldados y obreros del puerto se acercó para contemplar de cerca el galeón del famoso Corsario Azul.

Algunas parejas que paseaban por aquellos lugares del puerto se detuvieron asimismo, mientras la nave ejecutaba la maniobra.

Por el muelle se veían rollos de cuerda y fardos, sobre los que descansaban, con la cara cubierta por un sombrero de paja, varios hombres. Chiquillos harapientos jugaban por entre los fardos de mercancías o perseguían a unos perros, que huían ladrando.

Grupos de hombres de mar eran el centro de agitadas

conversaciones. Los edificios se hallaban muy próximos al muelle y adosadas a las murallas que defendían la ciudad. Eran casas particulares, tiendas donde se vendían artículos náuticos, que lucían grandes anclas a modo de muestra, mesones y garitos, a la puerta de las cuales se sentaban marineros a beber botellas de ron, o pintarrajeadas mujeres que sonreían a los paseantes.

El fuerte olor salino del mar se mezclaba con el de la brea y la pez, de las que los buques estaban impregnados.

Un oficial de arcabuceros subió a bordo para saludar a Diego. Se cuadró marcialmente y dijo:

—Bienvenido a la ciudad, capitán Villegas.

—Gracias. Hemos sostenido un combate con dos fragatas filibusteras y hemos capturado a varios de sus tripulantes, entre ellos al capitán, Joss Sedley. En una de las fragatas hallamos a unas veinte mujeres que habían sido capturadas en distintos abordajes.

El oficial asintió.

—Enviaré a un piquete de soldados para que se haga cargo de los cautivos y procuraremos encontrar alojamiento para las cautivas hasta que sean devueltas a sus familiares.

Diego se acarició el bigote.

—¿Podríais decirme dónde vive el maestro de campo, don Claudio de la Sagra?

—Sí, por cierto. ¿Qué soldado no le conoce? Vive junto a la iglesia de San Francisco. Cualquiera os indicará el camino y la casa. ¿Es amigo vuestro?

—Ingresé de guzmán en su compañía. El me enseñó todos los conocimientos de la milicia que pueda saber. —Hizo una pausa y agregó—: Me dijeron que le habían inutilizado el brazo. ¿Es cierto?

El oficial movió la cabeza, dudando.

—Sé que recibió una cuchillada y que no puede esgrimir con tanta agilidad como antiguamente, pero inutilizado no está. Monta a caballo diariamente y hace vida normal. Aseguran que con el tiempo recobrará la fuerza de antaño. Por otra parte no representa la edad que tiene. Bien es verdad que su esposa le cuida mucho.

—¿Se casó? Lo ignoraba.

—Sí. Es una dama encantadora.

El oficial se despidió y bajó a tierra. Diego se imaginó casado a su antiguo capitán. Con toda seguridad sería alguna mujer de su

edad, que le cuidaría con fraternal solicitud. Resultaba inesperado que don Claudio de la Sagra, el veterano de Flandes y de Italia, el soldado por quien napolitanas y flamencas perdían la cabeza, hubiera formado un hogar tranquilo y sin pasiones, igual que un mercader vulgar.

Media hora más tarde llegó un pelotón de arcabuceros, al mando de un sargento, que se hizo cargo de los prisioneros.

Se nombraron las guardias a bordo, quedando al mando de la nave Felipe de Castro.

Los corsarios se acicalaron, disponiéndose a bajar a tierra.

El muelle se llenó de sus risas y sus canciones. Exuberantes, fanfarrones e insolentes, se contoneaban por las callejuelas, anexas al puerto, invadiendo los mesones y los garitos. Con los chillones pañuelos envueltos en la cabeza, los amplios chambergos y los brillantes cascos procuraban todos imitar el aire altanero y de mando del capitán o la expresión sonriente y descarada de Pérez de Lerma.

Alzaban con orgullo las conteras de sus espadas y de sus machetes, prenda que les distinguía de los simples marineros, reconociéndoles su categoría de soldados de España.

CAPÍTULO VI

UN VIEJO CAPITÁN

Villegas, con su negro ropaje, acompañado por Pérez de Lerma, por Ohando y por Fajeda bajó a tierra.

Al cruzar el puerto, los grupos de hombres allí detenidos le señalaban, contemplándole con admiración. Aquél era el famoso y temible Corsario Azul, el capitán que, cual otro «rayo de la guerra»^[10], batía a los bucaneros, limpiando de bandidos la senda de la civilización. Sus hazañas habían corrido de boca en boca, se sabía que fué él quien dio muerte al renegado Lope Álvarez, al pelirrojo Walter Stout y quien por dos veces derrotó al sanguinario Francois

L'Olonais.

Su audacia era increíble. Como represalia al saqueo de Panamá, había llevado su venganza hasta la lejana Virginia, asaltando Norfolk y Jamestown, rindiendo Port Royal y expulsando a los ingleses de las Bahamas.

En realidad, se decían, no lo imaginaban tan gallardo ni tan joven. Más bien lo hubieran creído un hombre del tipo de Jacques Sores, sucio, grasiento o brutal, o del coronel inglés Donald Irving, que dirigió el asalto a la ciudad y del que todos guardaban un triste recuerdo: frío, de mandíbula cuadrada y ojos grises.

Aquel caballero, elegante y bien plantado, no parecía capaz de realizar todas las hazañas que nimbaban de gloria su nombre. Pero los soldados y los marineros veteranos, al contemplar su mirada acerada y sus rasgos enérgicos, aseguraban que aun se oiría hablar mucho más del capitán Villegas.

Diego cruzó las murallas. Los soldados que mentaban guardia a las puertas le saludaron con respeto y él corsario se internó en la población.

El barrio más cercano a los muros de la ciudad se componía de casas de una planta, apiñadas las unas a las otras. Se veían ramas de árbol indicando la presencia de tabernas, de las negras profundidades de algunas puertas salían rojos resplandores y el rítmico golpear de un martillo sobre el hierro. De otras emanaba el fétido olor de las curtidurías. En las ventanas, las amas de casa colgaban la colada para que se secara al sol o charlaban con las vecinas.

Por las estrechas y tortuosas calles corrían chiquillos sucios, que jugaban a corsarios. En una esquina un ciego rasgueaba una vihuela y entonaba una triste cantinela en la que se relataban las aventuras del Corsario Azul:

«Sobre Port Royal lanzó su galeón;
los cañones rugían
los ingleses gemían.
El Capitán, muy leal,
entró en acción.
»Adelante, por el Rey,
que no daremos cuartel».

Salieron por fin del barrio obrero y fueron cruzando los tres amigos calles más importantes y menos sórdidas, aunque, como todas las de la ciudad, eran estrechas y tortuosas.

Se veían edificios de mejor aspecto, más limpios. El pavimento adoquinado estaba libre de basuras y de desperdicios. Jóvenes doncellas, con el cabello envuelto en un pañuelo, barrían los portales o sacudían colchones en las ventanas protegidas por rejas labradas. Al paso de los corsarios se detenían un instante y, sonriendo, les seguían con la mirada. Las blancas fachadas y los techos rojos aparecían limpios y brillantes.

Hasta allí no llegaba el olor salino del puerto.

Los tres amigos, con el chambergo terciado y la tizona alzada hacia el cielo, avanzaban con aire desafiador y marcial. A pocos

pasos, les seguía Fajeda, dirigiendo miradas incendiarias a las sirvientas.

Llegaron por fin a la plaza más importante de Santiago de Cuba, que, como en todas las colonias españolas se llamaba Plaza de Armas^[11]. Consistía la plaza en un cuadrilongo de setecientos pies de ancho y otros tantos de largo, cuyo recinto interior se veía vallado por unas verjas de hierro, que se cerraban durante la noche. La cruzaban dos calles que formaban en su interior cuatro parterres con árboles y bancos de piedra.

Era, naturalmente, el centro de reunión de la aristocracia que, como en todas las ciudades, acudía allí a reunirse. En aquellos momentos se veía solitaria, a excepción de algunas damas que, seguidas de dueñas o de escuderos, se dirigían a la catedral, pues era aún pronto para que la gente se congregase allí.

La catedral, construida en 1522, se alza aún en la parte sur de la plaza y es una de las más hermosas iglesias del Caribe. Su fachada tiene veintisiete metros de longitud y a ambos lados se alzan dos torres de cuatro cuerpos cuadrilaterales que miden veintiséis metros desde el zócalo a la cúpula.

En la parte norte se alza la casa del gobierno.

Se cruzaron con un hombre robusto, de aspecto truhanesco que paseaba con aire bravucón, apoyando la mano en la empuñadura de la espada. Vestía, sin embargo, con gran pobreza, casi harapiento. Los corsarios se acercaron a él y con amabilidad le preguntaron si podía indicarles dónde estaba el convento de frailes franciscanos. Ante su sorpresa, el desconocido requirió la espada y gritó:

—¡Santiago y España!

Sorprendidos, los aventureros iban a empuñar las tizonas, cuando oyeron unas voces:

—¡Deteneos, en nombre de Dios! ¡Deteneos!

El desconocido desnudó su espada y los corsarios vieron con sorpresa que se trataba de un arma de madera pintada, como las que en las comedias empuñan. Estupefactos, soltaron los aceros y esperaron a que se acercase el que gritaba.

Resultó ser un sacerdote anciano, quien llegó a ellos corriendo.

—No le hagan nada vuestas mercedes. Ya veo que son forasteros y no lo conocen. El pobre Juan es como un niño. Se cree un capitán famoso y tiene delirio de grandeza.

Diego contempló al llamado Juan. Su semblante desmentía, en efecto, la robustez de sus miembros. Los rasgos eran infantiles, los ojos poseían una mirada apagada y perdida y su rostro era lampiño.

—Se llama Juan Perdomo^[12]. Es incapaz de hacer daño a nadie. ¿Verdad, Juan?

El idiota sonrió, sin cambiar la expresión de su semblante, torciendo únicamente sus facciones y emitiendo un sonido gutural.

—Soy muy valiente. Un capitán famoso —farfulló.

El sacerdote le dio unas palmadas en la espalda.

—Sí, sí. Todos sabemos que eres muy bravo —le dijo, al tiempo que le hacía marchar.

Perdomo se alejó unos pasos y, luego, desnudando la espada, echó a correr, blandiéndola y gritando:

—¡Santiago y España!

El clérigo le contempló unos instantes y luego se volvió hacia los corsarios.

—El pobre es como un niño. Tiene el cerebro embotado. Vive de limosnas y duerme en las playas, junto a las embarcaciones pesqueras. —Hizo una pausa y agregó—: ¿Deseaban ustedes saber algo?

—Sí, reverendo padre. Preguntábamos por el convento de los franciscanos.

El sacerdote les indicó el camino y se separó de ellos. Los corsarios continuaron su marcha, hasta llegar a la plaza de San Francisco.

En ella todo parecía respirar paz y serenidad. A través de los adoquines que la pavimentaban crecían tallos de verde hierba. Un silencio agradable acogía al transeúnte.

La iglesia que daba su nombre a la plaza era la más antigua de la isla. Junto a ella se alzaba el convento de frailes franciscanos^[13]. Los demás edificios que formaban la plaza eran residencias particulares, blanqueadas y enrejadas y de techos rojos.

Del convento salió un lego, con un sencillo hábito pardo, arrastrando sus sandalias sobre las losas del pavimento.

Diego se acercó a él y se descubrió ceremoniosamente.

—Perdonad, hermano. ¿Podríais indicarme la vivienda de don Claudio de la Sagra?

El lego asintió.

—Un gran caballero don Claudio. Su casa es aquélla.

El capitán dio las gracias al lego y se encaminó hacia el lugar que le habían indicado. Era un edificio limpio y confortable, de una sola planta. Diego dio dos golpes sobre la puerta de caoba tachonada de clavos.

Una sirvienta abrió.



Apareció en el umbral una mujer de serena belleza.

—¿Vive aquí don Claudio de la Sagra?

—Sí, señor capitán.

—Decidle, entonces, que Diego de Villegas y unos amigos suyos desean saludarle.

Hizoles pasar la doncella y les dejó en una amplia sala, mientras se dirigía a avisar al amo.

Al poco rato entró don Claudio de la Sagra. Era un caballero de alta estatura, bien proporcionado y enjuto. Vestía de negro y «a lo soldado», es decir, con cuello y puños blancos, casaca y pantalones negros y altas botas charoladas. Sus cabellos grises enmarcaban un semblante aguileño, de tez bronceada, donde brillaban unos ojos juveniles y ardientes.

Extendió los brazos, exclamando:

—¡Dieguillo!

El corsario y el maestro de campo se abrazaron estrechamente. Luego Villegas señaló a sus dos compañeros.

—Don Martín Ohando y el alférez don Juan Pérez de Lerma.

La Sagra les estrechó las manos.

—Consideraos en vuestra casa, caballeros. Sois doblemente bienvenidos. Por ser soldados y amigos de Diego.

El veterano oficial apoyó una mano en el hombro macizo de Villegas.

—Mucho he oído hablar de ti, barragán. Desde que nos separamos, cuando te dieron el grado de oficial, sé que recorriste Italia, Flandes, el Mediterráneo y África, hasta que te dieron la jineta de capitán. Y también sé que ahora te has convertido en el Corsario Azul.

—Procuro servir a España donde mejor pueda hacerlo y creo que en el Caribe hacen falta muchos soldados, que deseen batallar por el pabellón bicolor.

—Bien dicho, capitán. ¿Qué importa el lugar donde se luche, mientras sea en provecho del país? ¿Estos caballeros son también corsarios?

—Sí, don Claudio. Ohando es mi piloto y Pérez de Lerma alférez de los corsarios.

—He sido soldado en Europa —declaró Juan.

—Yo serví como oficial contra los corsarios de la Rochela —explicó el vasco.

—Sean todos bienvenidos a mi casa. La carrera de las armas une mucho a los hombres y allí donde dos soldados se encuentran nunca son desconocidos. Hoy es un día muy feliz para mí. La visita de los jóvenes que ocuparon nuestras plazas siempre me llena de alegría.

—Luego se volvió hacia Diego—: Creí que tú me habías olvidado.

—No supe que estabais en las Indias hasta que hace poco me lo dijo Torroella.

La Sagra reparó entonces en Fajeda. El catalán sonrió, cuadrándose.

—¿Es tu escudero? —preguntó el veterano.

Diego asintió.

—Mi escudero y mi amigo.

—Un soldado también. Nos acompañarás, junto con Arcabuz.

—¿No os abandonó este perillán?

—Me ha acompañado al destierro en que vivo.

—Un buen escudero jamás abandona a su amo —terció Pedro.

Se dirigieron a una amplia sala, amueblada con negro mobiliario de roble.

El veterano llamó a su escudero y le ordenó que trajese cuatro botellas de vino.

Arcabuz, un viejo soldado, con el semblante cubierto de costurones, bajó a la bodega en compañía de Fajeda, con el cual simpatizó a primera vista.

—Me dijo Torroella que habíais recibido una herida en el brazo que os obligó a abandonar el servicio.

—En, efecto. Fué en Nueva España, batiéndome con los indios del pueblo de Nuevo Méjico. No me molesta mucho y el físico cree que pronto podré volver a esgrimir. Vine a Santiago de Cuba y aquí vivo con mis criados y mi esposa.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció en el umbral una mujer de serena belleza, que contaría unos treinta y dos años. Sus cabellos cobrizos caían alrededor de su semblante ovalado en que se destacaban las rasgadas pupilas negras sombreadas por largas pestañas. Su sencillo pero elegante vestido aparecía muy cerrado, cosa insólita en aquellos tiempos de amplios escotes.

Claudio le tendió una mano que ella tomó al tiempo que le miraba con amorosa expresión.

—Ésta —dijo— es mi esposa, caballeros.

CAPÍTULO VII

DON LUIS

Los tres corsarios se inclinaron, besando la esbelta mano, de largos y finos dedos, de doña Juana Quílez de la Sagra.

De momento, quedaron sorprendidos por la juventud y belleza de la esposa del veterano, si bien es verdad que don Claudio se mantenía tan gallardo como un guzmán.

—Nos haréis el honor de comer con nosotros, caballeros —dijo Juana.

Los aventureros saludaron.

—El honor es para nosotros —replicó Diego.

La dama añadió:

—Con vuestra licencia iré a disponer las cosas para la comida.

Se retiró, al tiempo que llegaban Arcabuz y el catalán cargador con las botellas de vino y los vasos.

Don Claudio los llenó, entregando dos a los escuderos. Luego levantó el suyo.

—Para que la fortuna acompañe siempre al Corsario Azul.

Bebieron todos y luego Villegas dijo:

—Distinta es vuestra vida, caballero, de la que compartimos en Italia y en Flandes. Aquí todo es sosiego y paz. Allá marchabais siempre, atacando y contraatacando a todas horas; al acecho en todo momento, sin descansar ni un instante. Viviendo sobre el terreno con la espada a medio salir de la funda. Aquí todo es apacible, ordenado y tranquilo.

La Sagra sonrió, asintiendo.

—Ciertamente, mi existencia ha variado mucho. La calma y el

sosiego de los que jamás disfruté son ahora la norma de mi vida. Desde la herida que recibí en Nuevo Méjico nada ha vuelto a ser igual. Dejé el servicio, me casé y vine a establecerme a Santiago de Cuba. Aquí hago una vida tranquila y sedentaria. Por las mañanas monto a caballo y paseo por las afueras de la ciudad. Luego hago ejercicio con Arcabuz para recobrar la agilidad de mi brazo. Como y después descanso, durante las horas de calor de la tarde. Cuando anochece suelo dar un paseo con mi esposa por la Plaza de Armas, hasta la hora de cenar. Muchas noches se reúne aquí una tertulia de amigos y jugamos a los dados. Si gustáis, esta noche podréis asistir a una.

Asintieron los corsarios y el veterano volvió a llenar los vasos.

—Cuéntame, Diego, tu expedición de castigo a las colonias inglesas^[14].

Villegas hizo una pausa para poner sus recuerdos en orden. Luego, comenzó. Refirió el cobarde ataque de Henry Morgan en Panamá, protegido por la noche y a traición; los horrores del saqueo y el pillaje sacrílego de la iglesia.

Don Claudio de la Sagra se estremeció de indignación al saber la suerte de las cautivas que trasladaron a Pon Royal para venderlas como esclavas. Se enfureció al saber la negativa del cabildo a equipar una flota corsaria y les maldijo por su cobardía. Aplaudió la energía del almirante Montemayor y escuchó sonriente la captura de Port Royal, con la liberación de los prisioneros y el castigo a los capitanes piratas. En silencio, con los ojos brillantes, atendió el relato de la campaña en Virginia, desde el desembarco hasta la captura de Jameston. Cuando le refirieron la lucha en las Bahamas, con las batallas navales y la expulsión total de los ingleses, lanzó un grito de entusiasmo.

Llenó los vasos y brindó:

—¡Por Satanás que me dan tentaciones de alistarme en la tripulación de «El Antillano»!

Diego sonrió.

—Sabéis que si lo hicierais ocuparíais el puesto de mando, pues don de quiera que vayáis seréis siempre el jefe por derecho propio.

La comida estaba servida y los corsarios se dirigieron al comedor.

Don Claudio se sentó a la cabecera y bendijo los alimentos.

Luego comenzó la comida. Durante ella, el capitán examinó disimuladamente a doña Juana.

La dama demostraba una buena crianza en la corrección de sus modales y en lo agradable de su trato. Era muy hermosa en verdad y de toda su persona emanaba una sensación de paz y de bondad. Se dijo el corsario que todo lugar donde ella estuviera lo pondría todo en orden y todos la amarían y la respetarían.

No cabía duda de que a su esposo le amaba con locura. Sin aspavientos ni exageraciones, de un modo sereno y protector, como su carácter, dispuesta siempre al sacrificio.

En el fondo de su corazón sintió una gratitud infinita hacia aquella mujer joven y bella que había entregado su ser al veterano, por quien Diego sentía un afecto casi filial. Le tranquilizaba ver a doña Juana enamorada de su esposo. Al ver la diferencia de edad, casi temió...

Concluida la comida se retiraron los esposos, después de señalarles a los corsarios una habitación donde podrían descansar durante las horas de la siesta. Juana se excusó por no poderles dar más que un cuarto, pero el Veterano recordó que eran soldados y que en cualquier parte dormían bien.

Ohando y el alférez se despojaron de las casacas y de las botas y se tendieron sobre el lecho.

Diego no tenía sueño y salió a dar una vuelta por el jardín, que se extendía por la parte trasera de la casa y por las tapias se encaramaban rosales y enredaderas.

Una de las puertas daba a la cocina y se oían las risas de los sirvientes coreando la canción que entonaba Fajeda.

En el centro del jardín se veía el inevitable surtidor que refrescaba el aire.

Diego se sentó en un banco, a la sombra de unos árboles y quedó silencioso, escuchando los murmullos del agua que saltaba del surtidor.

De pronto, en la reja que daba a la calle, se recortó la figura de un hombre. Era enjuto y pálido, de expresión huidiza y vestía casaca de seda, cruzada por un rico tahalí guarnecido de pedrería, capa cota y blanco chambergo adornado de plumas.

El árbol protegía al aventurero de modo que el guapo desconocido no le vio. Miró a todos lados con atención,

asegurándose de que nadie le veía y esperó.

Diego creyó más oportuno dar a conocer su presencia, cuando surgió, una doncella joven y bien parecida que, con gran precaución, se acercó a la verja.

Se iba a retirar el capitán, juzgándolo una vulgar cita de amor, cuando oyó al desconocido:

—¿Has hablado con tu señora?

—Un momento nada más. Me fué imposible repetirle todo vuestro mensaje.

Diego sintió como si una maza le golpeará la cabeza. Lo que tanto había temido, era efectivamente cierto. Su maestro, el hombre que le guió a través de la metralla y el acero, aquél a quien temían los ingleses y los franceses, era burlado por un lechuguino que jamás había empuñado un arma. Pensó en Juana Quílez, la esposa del maestro de campo. Bajo su exterior bondadoso y sereno, ocultaba un corazón pérfido y traidor y todas sus atenciones para el veterano no eran más que una capa para ocultar sus infidelidades.

Diego buscó un arma para arrancarle la vida al lechuguino, pero la doncella avisó:

—Cuidado. Viene alguien.

El desconocido se alejó y la muchacha regresó a la cocina.

Diego quedó nuevamente solo en el jardín. Castigaría a los culpables, si el amor ponía una venda en los ojos del veterano soldado y si una herida le impedía luchar, él ocuparía su puesto, vengando su honor mancillado.

En silencio regresó a su habitación. Antes de comunicar sus sospechas a sus amigos prefería asegurarse de lo que se sentía muy cierto.

Las horas pasaron y al fin refrescó el día. Don Claudio y su esposa se reunieron en el jardín con los corsarios. Luego se dirigieron a la Plaza de Armas.

Villegas no perdía de vista a Juana, que parecía muy feliz junto a su marido, atendiendo solícitamente sus indicaciones. A cualquiera hubiera engañado su falso aire de bondad. La serena belleza le daba un aspecto de rectitud que al mismo Diego, acostumbrado a luchar contra la hipocresía, había creído en ella. Con una sonrisa, se dijo que su fatuidad era excesiva. La Sagra era mucho mayor que él, en su vida habían figurado infinidad de

mujeres, y sin embargo, le cegó su esposa, ¿cómo no iba a engañarle a él?

De pronto, una esbelta figura vestida de seda, pasó junto al matrimonio y se descubrió ceremoniosamente. Era el lechuguino que vio junto a la reja.

Don Claudio le saludó, alzando el chambergo. Juana se limitó a inclinar la cabeza.

¡Cuánta hipocresía!, se dijo el capitán. Simulaban conocerse ligeramente, cuando compartían un amor infame.

Regresaron a la casa a la hora de la cena, que transcurrió sin ninguna novedad.

Los ojos de Diego no se apartaban de la esposa de su antiguo capitán. Deseaba descubrir en ella algún signo que delatase su doblez, pero Juana, hipócrita consumada, mantenía constantemente su papel de amante esposa.

Los asiduos a la tertulia comenzaron a llegar y se reunieron todos en el jardín. Los árboles agitaban sus ramas, impulsadas por la brisa nocturna. Las flores esparcían sus perfumes por el ambiente, que el surtidor refrescaba.

Unos fanales, rodeados de mariposas, iluminaban la escena.

Se habían dispuesto mesas y sillas, para los que iban a jugar a los dados, y licores.

Los visitantes eran oficiales de la guarnición, autoridades y aristócratas de la ciudad, a muchos de los cuales les acompañaban sus mujeres.

Agrupados en torno a las mesas, charlaban y jugaban, mientras los criados servían bebidas refrescantes. En la cocina y en el zaguán esperaban lacayos y escuderos a que sus amos regresaran a casa.

Cuando ya todos estaban reunidos, una de las señoras declaró:

—No ha llegado aún don Luis.

Sin saber la razón le pareció a Diego que había en su voz cierta malicia.

—Llega siempre el último —dijo otra.

—Pero no falta jamás —volvió a decir la mal intencionada.

En el instante en que Diego adivinaba la personalidad del referido don Luis, éste apareció. Era el joven que se entrevistó con la criada en la parte trasera de la casa y el mismo con quien se cruzaron en la Plaza de Armas.

Era un cortesano a todas luces. Se inclinó galantemente ante las damas que le recibían como a un favorito. Juana hizo una leve reverencia, como ante una persona a la que no se tiene gran simpatía.

El joven lechuguino, en cambio, casi pareció tocar el suelo con la frente. Luego saludó a don Claudio con respeto que a Diego se le antojó tan burlón que estuvo a punto de descerrajarle un tiro.

El juego continuó durante dos horas. Villegas, recostado en un árbol, seguía a Juana con la mirada. La vio charlar con los invitados. Luis se acercaba lentamente a ella y, al corsario le extrañó, la joven parecía evitarle disimuladamente.

Al fin, el lechuguino la alcanzó y hablaron durante unos segundos, sonriendo como si nada ocurriese. Luego se separaron.

Cuando los invitados se hubieron retirado y los corsarios se disponían a acostarse, Pérez de Lerma se acercó al capitán.

—Te he visto muy preocupado esta noche.

Diego se excusó, alegando la falta de noticias acerca de los movimientos de los piratas.

El alférez sonrió.

—¿Es por esta razón que no apartabas los ojos de doña Juana?

El capitán dio un respingo.

—¿Lo observaste?

—Sí, y mi miedo era que don Claudio se diera cuenta también.

Villegas se atusó el bigote y exclamó al fin:

—Será mejor que os cuente lo que ocurre.

Les refirió lo que había visto y cuáles eran sus sospechas. Pérez de Lerma sonrió con dureza y agrego:

—Le diremos a Fajeda que se encargue de él.

Diego negó.

—No. Estoy seguro que hoy concertaban una cita. Quiero descubrirles.

CAPÍTULO VIII

UNA ESCENA DESAGRADABLE

Durante el día siguiente Villegas procuró no perder de vista a doña Juana. Contuvo su cólera y su repugnancia ante las solicitudes que tenía para su marido.

Al fin, a la hora de la siesta...

Diego, que había simulado acostarse, rondaba por la casa, manteniendo una estrecha vigilancia.

De pronto vio abrirse la puerta del dormitorio de los la Sagra. Se ocultó tras un tabique, a tiempo de no ser visto por Juana que disimuladamente salía del cuarto. Avanzó por un corredor hasta llegar al jardín.

Villegas la siguió con gran precaución.

Una vez en el patio, la joven se dirigió hacia la verja de la calle.

En la mansión todo era silencio. Una quietud, agigantada por el calor, pesaba sobre la casa y el jardín.

Diego se ocultó tras un árbol y se dispuso a vigilar a la dama.

Ésta se acercó a la verja y miró ala calle, sacando un pañuelo por entre los barrotes. Al poco rato, como en el día anterior, se recortó la figura del atildado Luis. Juana abrió la puerta permitiéndole el paso.

En su puesto, Villegas apretó los dientes con furia. Su mano acariciaba la empuñadura de la tizona y tuvo que dominarse para no atravesar de una estocada a los miserables, que así se mofaban del veterano soldado.

Diego adelantó con precaución, ocultándose tras los árboles.

Aunque le separaba una gran distancia, podía oír su

conversación y presenciar lo que entre ellos ocurriese.

Luis se acercó a la joven y le tomó una mano que intentó llevarse a los labios. Con violencia la retiró Juana y dando un paso hacia atrás exclamó un tanto ofendida:

—¡Basta! Creía que tendríais más juicio.

El lechuguino sonrió con petulancia.

—¿Por qué te muestras tan esquivia? En otros tiempos parecía no desagradarte.

La joven sostuvo sin pestañear la mirada de Luis. Incluso en aquel instante aparecía revestida de bondadosa dignidad y de placidez.

—En otros tiempos —respondió—. Ahora todo ha cambiado.

—En mi corazón no —aseguró el barbilindo—. Yo diría que mi pasión ha aumentado. Como ha aumentado tu belleza.

Le pareció a Villegas que un leve rubor teñía las mejillas de Juana, y respondió con altanería:

—Te ruego, Luis, que economices tus elogios. Ya ningún efecto me producen. Todo aquello pasó.

Luis se llevó una mano al pecho.

—¿Cómo puedes hablar así? Todo aquello vive en mi corazón y jamás desaparecerá.

Hizo la joven un mohín de disgusto y le atajó:

—Bueno. Dijiste que era muy importante lo que debías decir. Otra vez ya te concedí una cita y no hiciste otra cosa más que molestarme. ¿Qué te ocurre ahora?

El lechuguino adoptó una burlona actitud de ofendido.

—¡Qué mal me conoces, Juana! ¿Me crees tan ruin que pretenda tan sólo tu desgracia?

Ella le dirigió una desdeñosa mirada.

—Nunca has hecho otra cosa.

Villegas se sentía cada vez más asombrado del giro que tomaba la conversación.

—En otro tiempo me amaste —protestó Luis.

—Aquel tiempo ya murió. Dime. ¿Para qué querías verme?

—Para escuchar el sonido de tu voz y poder contemplar tus ojos. Juana frunció los labios.

—Pues si era para esto tan sólo, regresaré a casa. Y haz el favor de no molestarme más.

Diego se sentía estupefacto. No era aquello lo que había esperado. Ignoraba lo que pudo ocurrir en otros tiempos, pero comenzaba a estar seguro de que Juana Quílez de la Sagra era una mujer leal y buena. Se arrepintió de haberla juzgado engañosa e hipócrita y se juró a sí mismo ayudarla en todo lo posible.

Luis la contempló un instante, con una sardónica sonrisa y luego sacó del pecho un medallón que mostró a la joven. Ésta lanzó un grito y tendió la mano para tomarlo, pero el lechuguino lo apartó.

—¿Recuerdas? Me lo entregaste como prueba de tu amor. Contiene tu retrato.

—Devuélvemelo.

—Desde luego. Para esto he venido. Pero, aguarda un poco. No te impacientes. —Hizo una pausa, mientras Juana se mordía los labios y agregó—: Te lo devolveré con una condición. Ya sabes que yo te quiero. Si accedes a lo que te pedí hace unos días...

—No insistas —le atajó ella con firmeza—. Ya sabes que eso nunca.

Luis clavó en ella una mirada codiciosa. Se guardó el medallón y, mientras avanzaba comenzó a decir:

—Es tu aire sereno y altivo lo que más me subyuga. Pareces una fortaleza inexpugnable. Pero yo te he tenido en mis brazos rendida de amor. Este medallón es la prueba de que no fué un sueño.

—Devuélmelo, Luis. Te daré lo que pidas. Todas mis joyas.

—Ya sabes lo que quiero.

—Eso nunca.

—Cuando te conocí eras hermosa, pero no tanto como ahora —dijo el joven—. Me subyugas. No hago más que pensar en ti y no renunciaré a mis deseos.

De súbito se lanzó sobre ella. Juana abofeteó el semblante del miserable, que la estrechaba entre sus brazos intentando besarla.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! ¡Gritaré! —jadeó la joven—. ¡Favor! ¡Favor!

De entre los árboles saltó una elástica figura vestida de negro que blandía una tizona. Asustado el lechuguino soltó a Juana y huyó hacia la calle.

Diego dudó un instante si debía perseguir al fugitivo o socorrer a la dama y al fin optó por lo último.

Sostuvo a Juana por un brazo, al tiempo que le decía:

—Calmaos señora. Ese bellaco ha huido.

Arcabuz apareció, atraído por las voces. Al ver a Villegas con la espada desnuda, que sostenía a su ama, se asustó.

—¿Ha ocurrido algo?

—Nada —exclamó Diego antes de que Juana pudiera hablar—. Un vagabundo entró por la verja y asustó a la señora.

Se retiró Arcabuz y el corsario envainó la tizona. Luego exclamó:

—Será mejor que nos dirijamos al porche; la sombra os hará bien.

La joven le acompañó, sentándose en uno de los sillones.

—Os agradezco mucho vuestra intervención, capitán Villegas. Me habéis salvado. Fué una suerte que la casualidad os trajera por aquí.

Diego, por un instante, bajó la vista. Después la alzó y fijó los ojos en las profundas pupilas de Juana.

—No fué la casualidad. Os venía siguiendo.

Se llevó ella la mano al cuello y en sus ojos apareció una mirada de horror. El corsario la tranquilizó con un ademán.

—No temáis, señora. Debo confesaros que, equivocadamente, o juzgué mal. Os creía hipócrita y engañosa. Os ruego que si os es posible, me perdonéis, pero aprecio demasiado a don Claudio para tolerar que nadie mancille su honor. Sorprendí ayer una conversación entre vuestra doncella y ese canalla y creí algo que un caballero no debiera pensar. Luego vi cómo hablabais con él y quise defender a mi maestro.

Juana guardó un instante de silencio y luego declaró:

—Os perdono, don Diego. Sé que todo lo hicisteis por el bien de mi esposo.

—Gracias, señora. Y si en algo puedo ayudar, contad con mi espada y mi persona.

La joven tardó en hablar.

—Acepto vuestro ofrecimiento. Pero antes será mejor que os explique una historia hartó vulgar.

CAPÍTULO IX

UNA HISTORIA VULGAR

Nadie tan elegante, ingenioso y cortesano como el joven Luis de Ulloa, gentilhombre de la corte del Virrey de Nápoles^[15]. En todas partes se hablaba de sus graciosas ocurrencias, de su aire distinguido, de sus casacas bordadas, de sus amoríos desordenados y de sus duelos.

Las damas más elegantes, las pescadoras gallardas y sonrientes y las mozas de mesón caían deslumbradas en brazos del atildado y ocurrente don Luis. Cuando una nueva compañía de teatro visitaba Nápoles se sabía que la más linda actriz amaría al lechuguino durante una temporada.

No es de extrañar por tanto, que cuando llegó a la corte de Nápoles don Bernardo Quílez, su hermosa hija Juana, de cuya belleza todos hablaban, quedase deslumbrada por el «más galán caballero de toda Italia», como llamaban a don Luis.

Se conocieron en un sarao que dio el Virrey para celebrar el cumpleaños de su Católica Majestad.

Durante muchas semanas no se había hablado de otra cosa entre las personas que creían que iban a ser invitadas. A pesar de que la sociedad italiana era más alegre y más jubilosa que la española, siempre en pie de guerra, recluían de levás y enviando expediciones de aventureros, incluso en aquella época de esplendor, el sarao del Virrey prometía ser mucho más fastuoso que todos los hasta entonces celebrados.

La noche en que tuvo lugar, ante el palacio del gobierno se detuvieron carrozas, birrotones^[16], sillas de mano o transportadas

por dos lacayos y cabalgaduras, pues los caballeros españoles consideraban afeminado otra clase de transporte.

En la puerta, con sus mejores galas, los petos y las corazas relucientes, montaban guardia los alabarderos de la escolta. Docenas de pajes y lacayos alumbraban la entrada con sus antorchas.

El palacio era lujoso de por sí y para aquella ocasión había sido adornado con mucho más esplendor.

El vasto salón de fiesta estaba vistosamente decorado al estilo morisco, según usanza de los nobles. El suelo se veía cubierto de ricas alfombras o alcatifas de vistosos colores, que apagaban el ruido de los pasos. De las paredes pendían anchos y pintorescos tapices que representaban escenas de caza, de amor y de guerra. En torno al salón corría una doble hilera de mullidos y vistosos cojines de terciopelo y felpa, de distintos colores, que ofrecían como asiento a las damas. Arabescas arañas irradiaban su luz por el local, y al reflejarse en los bruñidos colgantes de cristales, arrancaban mágicos y deslumbradores destellos de su prisma. Por todas partes se veían búcaros y jarrones de alabastro que contenían, ramos de flores.

En un estrado se encontraba una orquesta de cuerda. Las damas vestían sus vestidos de faldas ahuecadas por el guardainfante o sacristán, recamados de pedrería o de brocados, o el traje de «guis meles», moda traída de las Indias, que consistía en forrar el vestido con plumas de pecho de pato. Lucían todas al cinto una escarcela que contenía el inseparable pomo de agua de ángeles. Iban muy escotadas, enseñando los hombros que a veces cubrían con la espumilla, leve velo transparente hecho de plata o de oro. Lucían los cabellos largos hasta la espalda y llenos de lazos y adornos enjorados. Algunas lucían el «chiqueador», especie de lienzo bordado en oro que se anudaba en la frente. Unas ostentaban zapatos de ponlevi, forrados de tafetán, cosidos con hilo de oro y seda, con varillas de plata sobre las espuelas y atados en lugar de cintas con botones de rosa y de diamante. Otras preferían calzar ricos y labrados chapines, que en muchas ocasiones se armaban de suelas de corcho para realzar la talla.

Los caballeros ostentaban medias negras, ajustados pantalones de seda del mismo color y casacas. Los más extravagantes preferían

el color blanco y aun el verde. Los cuellos y los puños eran de encaje o de sencillo lienzo. Los zapatos se cerraban con una hebilla de plata. Algunos lucían las descomunales pelucas que comenzaban a usarse en Francia, o se rizaban el pelo al estilo de los ingleses, pero los más ostentaban la moda española de llevar el pelo largo hasta los hombros y sin ningún adorno.

Entre todos descollaba el elegante don Luis de Ulloa.

Juana Quílez se sintió subyugada por él en cuanto le vio. Al caballero le causó gran impresión la belleza de la muchacha, de la que tanto había oído hablar y enseguida le puso cerco.

Bailaron juntos una «pavana», un «turdión» y una alocada «zarabanda».

Don Luis, con expresión lánguida, llevándose la mano al corazón, declaró a la joven un amor incendiario que había contraído al verla hacía unos días en misa. Le pidió una cita, con lágrimas en los ojos.

Juana se negó en redondo, muy en contra de su voluntad.

A la noche siguiente, Ulloa embozado en su capa, rondó durante varias horas la casa de la muchacha. Tras los cristales de la ventana de su habitación, Juana contemplaba a la figura que paseaba sin cesar, con el corazón palpitante y un temor que no podía explicar.

Al día siguiente continuó la ronda, la resistencia de la muchacha se desmoronaba por momentos. Sentía un invencible anhelo de oír nuevamente la voz bien timbrada del lechuguino que le aseguraba que la amaba.

A la otra noche se oyó el tenue tañido de una vihuela que interpretaba una vieja romanza de amor. Luego un billete fué lanzado por la ventana. Juana lo desdobló con ansiedad. Eran tan sólo una repetición de lo que en el baile le dijera, lleno de frases vulgares, pero a la muchacha le parecía el lenguaje más sublime del mundo. Por medio de una criada, llegaron nuevos mensajes. Al fin, Juana se rindió.

En sus cartas, Luis pedía tan sólo una cita para poder hablar con ella y la muchacha accedió.

Eligieron un bosque cercano a Nápoles, donde solían pasear a caballo los elegantes. Pero a primeras horas de la mañana a nadie se veía por allí.

La muchacha entró a galope por él bosque y cruzó los árboles

hasta los alrededores de una fuerte umbría oculta a los ojos indiscretos por altos sauces y los matorrales que a su alrededor crecían.

En aquel sitio esperaba Luis de Ulloa. La muchacha le vio sentado junto a la fuente mientras su montura bebía en el arroyo. En los labios del joven, vagaba una sonrisa de triunfo y en sus ojos se advertía una luz cínica y cruel.

Al oír el galope del caballo levantó la cabeza y, al instante, sus facciones adquirieron una expresión de agradecida humildad.

Se adelantó para tener de la brida la montura de Juana y ayudarla a desmontar.

Después la contempló con admiración y tomó una de sus manos entre las suyas.

—Os agradezco mucho que hayáis venido.

Sonrió ella.

—Decíais en vuestro mensaje que os era imprescindible verme. Aquí estoy.

—Y me hacéis el hombre más feliz de la tierra.

Lentamente se apartaron de los caballos paseando por entre los árboles. El viento murmuraba a través de las hojas y el arroyo cantaba su eterna melodía cristalina.

—Os he llamado para... —comenzó a decir, pero se detuvo. Fijó en ella su mirada y continuó—: Jamás amé a una mujer; creí que era insensible a ese sentimiento, pero un día os vi salir de misa. Sentí como si un fuego me invadiera y luego una increíble placidez. Mi vida cambió. Dejé de ser el hombre frívolo y galante y no pensé más que en vos. Quise averiguar quién erais, pero resultó imposible. Cuando salí del trance ya habíais desaparecido. Entonces me di cuenta de que, por primera vez en mi vida, amaba.

Juana le miró con asombro.

—¿Por primera vez en vuestra vida? He oído mencionar mucho vuestro nombre relacionado con aventuras amorosas.

—Pero no era amor —declaró Ulloa con pasión—. Siento asco y vergüenza de mí mismo.

—Decíais que me habíais llamado para... —indagó con curiosidad la muchacha.

Pero, sin prestarle atención, continuó Luis:

—Me sentí morir durante muchos días. Me separé de mis viles

amigos, buenos tan sólo para mezclarse con mozas de mesón y perdidas. Viví como en un sueño hasta que recibí la invitación para el sarao del Virrey. Al principio pensé no ir. —Al oír esto la joven se estremeció involuntariamente—. Pero luego me dije que quizá vos asistiríais también y tan sólo por esta razón fui. Al veros me pareció volver a vivir. Podía estar a vuestro lado, hablar con vos y contemplaros a mi gusto. Después, rondando vuestra casa fui feliz asimismo. Tenía la esperanza de que lograría hacer que me amaseis. Pero, al comprender que eso no será nunca, os llamé para despedirme.

Juana fijó en él sus negros y rasgados ojos, húmedos por la emoción.

—¿Os marcháis?

—Sí. Partiré hacia Malta, a embarcarme en las galeras de la religión. La vida sin vuestro amor resulta imposible y prefiero perderla combatiendo a los infieles, así mi muerte será más útil que mi existencia. —Hizo una pausa. Juana había cerrado los ojos. Luis se acercó a ella y, tomándola una mano, agregó—: Pero siempre os llevaré grabada en mi memoria y jamás os olvidaré.

La muchacha abrió las negras pupilas, en las que brillaban dos lágrimas, y las fijó en Luis. Sus finos labios temblaban ligeramente.

—¿Os vais porque no os amo?

—Sí. Pero no os entristezcáis. Más vale amaros, sin ser correspondido, a no haber tenido la dicha de veros.

En la boca fresca y dulce de Juana brilló una sonrisa.

—¿Y si estuvierais equivocado?

—¿Qué queréis decir?

La sonrisa se acentuó.

—¿Y si yo os correspondiese?

Ulloa estrechó con fuerza la mano que aprisionaba entre las suyas.

—¡Juana!

En los ojos negros, a través de las lágrimas, brilló una sonrisa maravillosa, la primera sonrisa de amor.

Luis la estrechó entre sus brazos, al tiempo que la besaba con pasión.

—¿Me quieres, Juana? ¿Es cierto?

Algo avergonzada, la joven asintió.

—Dilo —suplicó el lechuguino.

La muchacha es estrechó contra él y exclamó:

—¡Te quiero con toda mi alma!

* * *

Pasaron los meses y el amor que inflamaba a Juana adquirió las proporciones de una hoguera devastadora. No vivía más que en los instantes en que estaban juntos. Todo lo demás desaparecía de su mente.

Al lado de Luis se sentía tan dichosa, que con frecuencia derramaba lágrimas de agradecimiento.

Pero un día sobrevino la tragedia.

Juana había regalado a Luis, en un instante en que se sentía ebria de amor y de besos, un medallón, con un retrato suyo en miniatura.

Cierta tarde, un escudero joven, al servicio de los Quílez, se encaminó al encuentro de la muchacha y con mucho misterio le relató que había estado en una taberna de los bajos fondos, que los aristócratas solían frecuentar.

Don Luis de Ulloa se encontraba allí, rodeado de amigos y de perdidas. El le oyó hablar de una aventura amorosa.

—Ninguna ha resultado tan fácil —decía con cinismo—. La perseguí muy poco tiempo y enseguida se rindió. Me ama con toda su alma.

—Creo que exageráis —intervino uno de los amigos—. Esa dama parece demasiado honesta para prestar atención a un hombre como vos.

Ulloa le contempló con desdén.

—Si creéis que miento ahí tenéis esa prueba de amor —exclamó, arrojando a la mesa un medallón con una miniatura, que pasó de mano en mano entre grandes risotadas y comentarios groseros de los allí reunidos.

Calló el escudero y Juana sintió que el mundo se tambaleaba a su alrededor. Era una burla, una burla cruel. Como una estúpida había caído en las garras de aquel disipado miserable.

No cabía duda de que era cierto. El escudero no podía haberse inventado la existencia del medallón.

Luis jamás le había querido. No era más que un vulgar canalla.

Se encerró en su habitación pretextando una dolencia y pasó llorando toda la noche. Ni sus besos ni sus juramentos eran auténticos. Todo era una mentira vil para perderla.

Juana era orgullosa y reaccionó como debía. Acallando el amor que dominaba su corazón se juró a sí misma no verle más.

No acudió a ninguna de sus citas. Hizo caso omiso de sus cartas; y no salió jamás sin la compañía del joven escudero. Venciendo su tristeza y su amargura frecuentó los salones a los que era invitada y asistió a todos los teatros, Ulloa rondaba la casa buscando una ocasión para hablar con, ella, pero la muchacha la evitó.

En uno de los saraos logró acercarse a Juana.

—¿Por qué me has abandonado? —preguntó con desolación.

La joven le dirigió una fría mirada.

—Una dama no debe tratarse más que con caballeros.

Sorprendido, Luis hizo un ademán de protesta.

—¿Merece el amor que siento que me trates así?

Sonrió Juana con desprecio y añadió:

—En las tabernas donde van las perdidas cuadran mejor tus palabras. Alardear del cariño que una dama nos ha otorgado es propio de canallas.

Dio un paso atrás el lechuguino, enrojeciéndose como si le hubieran abofeteado.

—Juana... —comenzó a decir, pero la muchacha se apartó, dejándole solo.

Por fortuna, a los pocos meses, don Bernardo Quílez era trasladado a Sicilia, luego a Oran y más tarde a Barcelona.

Poco a poco la herida se fué cicatrizando y Luis de Ulloa quedó relegado al olvido, pero una honda amargura dominaba a Juana Quílez. El primer desengaño la hizo desconfiada y hasta cierto punto reservada.

En todas las ciudades donde vivió se encontró siempre rodeada de pretendientes y admiradores, pero ninguno logró revivir la cuerda que había matado Luís de Ulloa.

Pasados unos años, don Bernardo fué trasladado a Nueva España.

El cambio debía surtir un gran efecto en el alma de Juana. Cierta día conoció en el paseo a Claudio de la Sagra. Le atrajeron enseguida su porte altivo y gallardo, mi musculosa y ágil figura y su

semblante grave y distinguido, en el que en algunas ocasiones brillaban sus ojos como carbones encendidos. El cabello gris prestaba mayor elegancia al veterano soldado que frecuentó asiduamente la casa de los Quílez.

Intimó mucho con Juana, que no tardó en sentir por el apuesto maestre de campo un amor profundo y sosegado.

Don Bernardo padecía del corazón y una tarde murió. No tenía parientes.

Entonces, Claudio le ofreció su nombre y no tardaron en casarse. Partió él para Nuevo Méjico y cuando regresó tenía el brazo inutilizado.

El matrimonio se trasladó a Santiago de Cuba y el brazo, gracias a los cuidados de su esposa, fué sanando.

Se decía Juana que jamás había gozado de una felicidad tan grande como aquélla. Junto al soldado se sentía protegida y tranquila. Cuando le abrazaba le invadía una desesperación casi invencible, como si temiera perderle o que algo se interpusiera entre los dos.

Y este algo ocurrió.

Luis de Ulloa desembarcó una mañana en Santiago de Cuba. Un amigo le presentó en casa de los de Sagra durante una recepción.

El lechuguino contempló a Juana y exclamó:

—Celebro mucho volverla a ver.

Claudio preguntó:

—¿Se conocían ya?

La joven, sin alterarse, replicó:

—Nos conocimos en Nápoles.

Sin embargo, a pesar de la sonrisa sardónica del visitante, Juana no se asustó de momento. Creyó, deseaba que así fuera, que Ulloa sería lo bastante caballero para no molestarla.

CAPÍTULO X

VILLEGAS INTERVIENE

—Pero me equivoqué nuevamente —declaró Juana—. No cesó de perseguirme ni un instante. Le rehuí pero él no cejó. Me sentía perdida, cuando pareció olvidarlo todo. Me envió un mensaje por medio de mi doncella, diciendo que era muy importante lo que debía decirme. Cometí la torpeza de acceder y, de no haber estado vos presente, no sé que hubiera ocurrido.

Diego se acarició el bigote.

—¿Cómo no intentáis atajarlo?

—No tenía ningún amigo a quien recurrir. No deseaba que mi esposo se enterase, pues hubiera desafiado a Ulloa y éste es un gran espadachín, mientras que Claudio tiene el brazo herido.

Villegas se puso en pie.

—Volved a vuestra habitación, señora. Si me lo permitís, yo me entenderé con Luis de Ulloa y puedo aseguraros que mañana tendréis el medallón.

Juana se levantó.

—¿Estáis dispuesto a hacerlo?

—Quiero enmendar mi falta al haber sospechado de vos.

La joven le tendió la mano.

—Gracias —le contestó ella.

Se separaron y Diego llamó a Fajeda.

—Busca la casa de don Luis de Ulloa; te aseguro de que está en ella y vigila si sale. En caso que lo haga, síguelo. Nosotros esperaremos junto a la casa.

Pedro saludó y se fué. El corsario fué en busca de sus dos

compañeros. Les despertó y les puso al corriente de cuanto ocurría.

—Vayamos hacia la vivienda de ese individuo. Esta noche debe quedar arreglado.

Los aventureros tomaron los chambergos y las espadas y se encaminaron al lugar de la cita.

Junto a la iglesia de San Francisco se veía únicamente a un hombre. Nadie había salido a causa del calor y el solitario repartía mandobles con una espada de madera, gritando:

—¡Santiago y España!

Era Juan Perdomo, el idiota.

Los aventureros continuaron su camino hacia la residencia del lechuguino y se apostaron en la esquina.

Fajeda se encontraba allí, apoyado en la pared.

—No ha salido, señor capitán. Y me consta que está en casa.

—¿Sabes si hay mucha servidumbre?

Los ojos de Pedro brillaron: de alegría.

—Yo sólo me comprometo a asaltarla.

—Por si acaso ves a buscar nuestras pistolas.

Partió el catalán en dirección al puerto y los tres corsarios quedaron de guardia en la esquina.

Al cabo de un rato regresó el escudero con seis pistolas que entregó a sus oficiales.

—¿Cuántas salidas tiene la casa? —preguntó Diego.

—Dos —respondió el catalán—. Ésta, que es la principal, y otra trasera, que da al jardín.

—Bien —continuó Villegas—. Juan y tú saltaréis al jardín y cerraréis aquella salida. Martín y yo entraremos por la puerta principal. Nadie debe salir, ni pedir ayuda.

Los tres corsarios sonrieron.

—Descuida —aseguró Pérez de Lerma.

Se separaron y el alférez y Fajeda se acercaron a las tapias del jardín. Con increíble agilidad, saltaron al interior.

Entonces, Diego y el piloto se dirigieron a la puerta principal y llamaron. Una voz desagradable preguntó:

—¿Quién va?

—Deseo ver a don Luis de Ulloa —explicó el capitán.

—Es imposible ahora. Está descansando.

—Decidle que vengo de parte de doña Juana.

—¿Y hasta ahora os lo habéis callado? Abro enseguida — exclamó la voz.

Chirrió la cerradura y giraron los goznes. La puerta se abrió y, entonces, ambos corsarios cargaron todo el peso de sus cuerpos musculosos. Ohando descargó un puñetazo sobre la sien del lacayo que se desplomó sin sentido. Cerraron la puerta a su espalda y, amartillando las pistolas, echaron a andar. De pronto, oyeron un grito.

Una de las criadas, joven y bonita, les había visto. Diego le indicó por señas que callara, pero la sirvienta echó a correr, pidiendo socorro.

Se encaminó hacia el jardín y abrió la puerta de comunicación.

De pronto, ante ella, apareció el tremebundo Fajeda que, con una sonrisa, que quería ser cariñosa y era espantable, le indicó:

—No chilles, preciosa.

Luego, le plantó un beso.

En la muchacha tuvo mucho más efecto que la amenaza de las armas, ya que cayó desvanecida. Cerraron la segunda puerta y se guardaron la llave.

Ohando encerró a los dos criados en un ropero y los corsarios siguieron adelante.

El buen resultado de su plan consistía en llegar sin ser vistos hasta la cámara de don Luis. Aunque se batieran con los lacayos de Ulloa no era fácil que atrajesen a la autoridad, ya que en aquellas horas dormía todo Santiago de Cuba. Lo más importante era que nadie saliera a la calle a pedir auxilio, pues en este caso atraería a mucha gente y no les interesaba tener que dar explicaciones.

Ascendieron por la escalera, encaminándose al piso superior. En éste debía encontrarse el dormitorio de Luis de Ulloa.

Con gran precaución fueron abriendo las puertas, hasta que al fin Fajeda anunció:

—Es aquí.

Entraron en la habitación señalada por el escudero y vieron al lechuguino tendido sobre el lecho, en mangas de camisa y descalzo, con un gorro de dormir para no despeinarse.

Villegas se colocó al lado de la cama y ordenó a sus hombres:

—Encerrad a la servidumbre.

Los corsarios salieron a toda prisa y entonces el capitán sacudió

por el hombro al durmiente.

—Despertaos, buen hombre.

Ulloa se incorporó indignado por esta brusca manera de despertar y contempló al que le sacudía. Al ver, por encima del cañón de una pistola, el enjuto semblante del capitán, se estremeció.

—¡El Corsario Azul!

—Sí, soy yo y haréis bien en no intentar resistencia porque os descerrajo un tiro.

Mansamente, Luis se tendió de nuevo en la cama.

Al poco rato entraron Ohando, Fajeda y el alférez.

—Ya están encerrados los sirvientes.

—¿Todos? —preguntó Diego.

—Sí —asintió Ohando—. Pedro salió al jardín, yo me encargué de los lacayos y Juan de las doncellas.

—¿Estáis seguros de que no pueden huir?

—Segurísimos —afirmó el alférez.

—Bueno —continuó Villegas—, como aun falta mucho para que anochezca, nos entretendremos jugando a los dados y bebiendo vino. Pedro, ve a buscar unas botellas.

Al instante partió el escudero y los corsarios dispusieron la mesa, para dar comienzo a la partida. Ulloa contemplaba, con los ojos muy abiertos, a aquellos intrusos que se habían apoderado de su casa y le retenían en el corazón, de Santiago de Cuba.

No se había despabilado del todo y le parecía estar sufriendo una pesadilla.

Fajeda regresó cargado con las botellas y comenzó el juego de dados en que tomaban parte los cuatro. Reían y charlaban tranquilamente, comentando las incidencias de la partida y bebían largos tragos de vino.

El sol comenzó a declinar en el horizonte. Las calles se llenaron del barullo de las conversaciones. En dirección a la Plaza de Armas pasaban carrozas, jinetes y transeúntes. Seguido por una tropa de chiquillos, Juan Perdomo corría, blandiendo su espada de tramoya, al tiempo que gritaba:

—¡Santiago y España! Ulloa los contemplaba desde la ventana de su habitación. A muy poca distancia, la gente paseaba y reía como de costumbre. Tan sólo le separaban de ella unos pies de

altura y una pared, pero el mundo parecía haber cambiado por completo. Estaba preso, se encontraba en poder de los temibles corsarios del Rey.

La obscuridad invadía la habitación y Pedro encendió un candelabro. La partida continuaba animadamente. El bullicio de la calle comenzaba a declinar.

Diego se puso en pie y sus amigos le imitaron.

—Ulloa —dijo—, teméis un medallón que pertenece a la esposa de un amigo mío.

Luis asintió.

—Este medallón puede causar la ruina al amigo, al que yo aprecio mucho.

El lechuguino se encogió de hombros.

—Bien. ¿Y qué queréis?

—Que me entreguéis el medallón, pero como además vuestras palabras pueden hacer mucho daño, nos iremos hacia la playa para solucionar este asunto como lo hacen los caballeros.

Ulloa dio un paso atrás. Su semblante pálido se veía desencajado por el miedo.

—No saldré de esta casa —declaró—. Queréis llevarme a la playa para asesinarme.

El Corsario Azul rompió a reír.

—Os he hablado de un desafío —dijo.

Luis negó con la cabeza.

—Sé que allí me mataríais sin permitirme defenderme.

—No digáis tonterías —le respondió el capitán—. Si mi intención hubiera sido asesinaros, no me hubiera hecho falta tomar la casa por asalto. Sabed que hay seiscientos hombres en Santiago de Cuba que a una palabra mía os hubieran hecho trizas.

Ulloa contempló al gigantesco Ohando. Le hubiera bastado estrujarlo entre sus brazos para arrancarle la vida. Luego sus ojos se posaron en Pérez de Lerma, que sonreía. Era un hombre peligroso, un enemigo de cuidado. Y por último su mirada se detuvo en el feroz Fajeda, que acariciaba la empuñadura de su puñal berberisco.

—Estamos aún a tiempo de rebanarle el gáznate, señor capitán —dijo Pedro.

Ulloa se estremeció nuevamente. Sin embargo, el Corsario Azul le proponía un duelo, una lucha leal con las armas en la mano. Por

lo menos tendría una buena ocasión de defenderse.

—Vamos —apremió Villegas—. Vestíos. Sé que sois un buen esgrimista y la espada es un buena amiga vuestra. Os habéis batida con frecuencia.

Luis se abrochó la casaca y se volvió hacia el corsario.

—Sin embargo —exclamó— ¿que garantías me ofrecéis de que el duelo será leal?

Fajeda agarró su puñal berberisco, como si se dispusiera a asesinar al que dudara de la palabra de su capitán, pero éste le detuvo.

—Ninguna. Debéis fiar en mi palabra. Pero es la única manera de que no os corte el pescuezo.

—¿Y si gano el duelo?

Pedro soltó, por toda respuesta, una risita sarcástica.

—Quedaréis en libertad.

Luis tomó el chambergo y la espada y los cinco hombres salieron a la calle.

Escortado por los corsarios cruzaron la ciudad. En la Plaza de Armas ya casi no se veía a nadie. Tan sólo algunos lechuguinos que charlaban animadamente.

Ulloa pensó un momento en pedir auxilio, pero desechó enseguida la idea. Sabía que al menor movimiento sospechoso los aventureros le asestarían una cuchillada y, en cambio, en el duelo tendría una oportunidad de salvarse.

Llegaron a las murallas y cruzaron una puerta en la que dos soldados montaban guardia.

Al otro lado de la muralla se extendía la noche inmensa y misteriosa, en la que se recortaban los contornos de los árboles, de unos bohíos y a lo lejos una línea blanca y movable, el mar. Los cinco hombres se alejaron de la ciudad, dirigiéndose hacia un bosquecillo de cocoteros. El viento silbaba con fuerza a través de los árboles y el rugido de las olas al romper sobre la arena, llegaba hasta los duelistas.

Diego desnudó la espada y le dijo a Luis:

—¡Vamos, en guardia!

A su vez Ulloa empuñó la tizona y se dispuso a combatir.

Se cruzaron los dos aceros y una descarga cerrada de mosquetería cortó el rugido del mar y el silbido del viento.

CAPÍTULO XI

FRAGATAS^[17]

A la altura de Jaragua Grande, tres fragatas se balanceaban, sobre las olas.

Unas lanchas, impulsadas por vigorosos remeros, avanzaban hacia la costa.

La luna asomaba con curiosidad entre las nubes, contemplando a las embarcaciones que se dirigían a tierra. En el interior se apiñaban hombres astrosos y armados. Algunos iban semidesnudos, mostrando viejas cicatrices y luciendo collares femeninos, mezclados con cartucheras y tahalíes. Otros ostentaban una abigarrada vestimenta, en la que ricas prendas, sucias y manchadas, se confundían con harapos.

Sus semblantes curtidos tenían una expresión dura y huidiza, como la de los lobos.

En la proa de una de las lanchas se veía a un hombre robusto y decidido. Un amplio sombrero cubría su frente. Junto a él, un personaje extraño y brutal se apoyaba en una ancha espada.

—¿Te parece que llegaremos antes de que se den cuenta, Franquesnay? —preguntó este último.

El capitán bucanero se rascó la mal afeitada mejilla.

—Era imposible entrar en el puerto. Nos hubieran cazado las baterías de los castillos —explicó—. La única solución es marchar por tierra.

El lugarteniente gruñó, dudando.

—Podemos volar las puertas y apoderarnos de la ciudad, antes de que la guarnición se apreste a defenderse. Contamos con

ochocientos hombres. No podrán vencernos. El saqueo será muy provechoso. Santiago es una ciudad rica.

Las embarcaciones chocaron contra la arena y los filibusteros saltaron sobre la playa.

Franquesnay les contempló un instante. Permanecían silenciosos e inmóviles, formando grupos. De vez en cuando se oía un cuchicheo o una risa nerviosa.



...se destacaban las siniestras siluetas de los filibusteros.

El capitán maldijo con furor en voz baja. Su experiencia le decía que aquellos hombres no se encontraban en el mejor de los ánimos para combatir. Por esta razón había preferido avanzar por tierra en vez de atacar el puerto.

Sabía la causa de la baja moral de los piratas. Mientras se dirigían a Santiago de Cuba hallaron los restos de un naufragio y los

bucaneros, muy supersticiosos, como todos los que viven al azar, creían que este hallazgo era un augurio de mala suerte. Por otra parte, las victorias del Corsario Azul les habían deprimido, realzando a sus ojos el valor de los españoles.

A una orden de Franquesnay, la columna cruzó, bamboleándose, la arena, hasta llegar a tierra firme. En la obscuridad, que la luna del trópico bañaba de plata, se destacaban las siniestras siluetas de los filibusteros, con los anchos calzones, la pica o el mosquete al hombro y el machete al costado.

En silencio, sin la animación que impulsa a las tropas que crean en la victoria, los pirabas se pusieron en marcha. Cruzaron por las cercanías de las aldeas de pescadores, evitando todo encuentro, hasta llegar al camino real. Por la polvorienta carretera, bordeada de árboles y de maleza, se encaminaron hacia la ciudad que deseaban saquear.

Los bucaneros marchaban cabizbajos y mudos, como si se dirigieran al sacrificio.

A lo lejos se distinguió el resplandor de la ciudad que se alzaba por encima de las murallas.

Con gran precaución, los hombres dispusieron las armas para la pelea.

A corta distancia del camino real se extendía la playa hasta la línea blanca en la que las olas rompían sobre la arena. Durante toda la marcha, el rugido del mar acompañó a los forajidos.

Franquesnay avanzaba dominando su inquietud. No podía retirarse, debía seguir adelante hasta llegar a la ciudad que le ofrecía tan magnífico botín. Necesitaba una buena presa para animar a sus hombres y para rehacer su prestigio que una larga temporada de mala fortuna había debilitado mucho.

En la playa se distinguían algunas embarcaciones pesqueras que descansaban sobre gruesos troncos.

Era la prueba más clara de que se acercaban a lugares habitados y a también renacía su combatividad.

Se acercaron procurando no sembrar la alarma. Su victoria dependía en gran parte de la sorpresa en el ataque y cualquier equivocación podía frustrar sus planes.

De pronto vieron una figura corpulenta que se movía entre las embarcaciones. Franquesnay tuvo una idea.

—Traedme a ese hombre.

Cuatro filibusteros se encaminaron hacia la playa, enarbolando los mosquetes y las picas. Rodearon al desconocido, amenazándole con sus armas. Éste les contemplaba absorto.

El jefe, del grupo, clavándole la daga en las costillas, le ordenó:

—Adelante.

El cautivo obedeció en silencio, con paso mecánico y tardío.

En la carretera aguardaban, agrupados en torno a su capitán, los ochocientos hombres que formaban la columna.

Franquesnay se acercó al preso. Tomó una linterna y la alzó junto al semblante del cautivo. La luz iluminó las facciones lampiñas y aniñadas de Juan Perdomo.

—Escúchame bien —dijo el filibustero—. Nos vas a guiar hasta Santiago de Cuba. Debes evitar las viviendas y los poblados para que lleguemos a Santiago sin ser vistos. ¿Entiendes?

Juan Perdomo asintió. Sus ojos de mirada perdida recorrían los semblantes enjutos y barbudos que le rodeaban.

—Maniatadle —ordenó el capitán.

Dos piratas se apresuraron a atarle las manos a la espalda. Franquesnay dio un empujón al idiota, haciéndole avanzar.

—Adelante.

La columna se puso en marcha. Los filibusteros continuaron adelante, hollando con sus pies descalzos y sus botas rotas el polvo del camino real.

De pronto, la carretera se bifurcaba. Franquesnay ordenó a su segundo:

—Toma la mitad de la tropa y sigue por ese lado.

Obedeció el lugarteniente y ambos grupos, compuestos por cuatrocientos filibusteros, se dividieron, marchando hacia Santiago por caminos distintos.

Franquesnay se sentía tranquilizado. Si lograba burlar a los españoles y llegar a las puertas de la población sin ser visto, la sorpresa sería un gran factor en el ataque y no dudaba de que cuando sus hombres se aperciesen del botín que en Santiago de Cuba les esperaba, se lanzarían a la lucha como lobos hambrientos, como chacales a los que hubiera atacado la hidrofobia.

El resplandor de las luces de la ciudad aparecía más claro cada vez. Algunos bucaneros, forzando la vista, creían distinguir el

macizo contorno de las murallas.

Los filibusteros sentían crecer su inquietud, por la presencia a corta distancia de los soldados de España, con cuyas picas habían trabado conocimiento más de una vez, pero también renacía su combatividad por la proximidad del botín.

A su espalda, Franquesnay oía los leves murmullos y las risas contenidas de los piratas. El capitán se sintió gozoso. Eran sus bucaneros que renacían.

El camino real desembocaba en una llanura, junto a la que se alzaba un bosquecillo de cocoteros.

Por el otro camino, que también desembocaba en la llanura, avanzaba el segundo grupo filibustero capitaneado por el lugarteniente.

Paralelamente, marcharon las dos partidas de bucaneros, hasta que al fin llegaron a la explanada.

Franquesnay, en compañía de Juan Perdomo, marchaba en cabeza. Distinguió en la distancia las siluetas confusas de una tropa que avanzaba con las armas, en ristre. Era imposible saber de quién se trataba. Había que esperar a que se acercasen.

—Cuidado —ordenó a los que le seguían—. Preparaos para entablar combate, por si son los españoles.

Los bucaneros alzaron los mosquetes y las pistolas. Nadie hablaba. Las picas aparecían enfiladas hacia el enemigo. En el silencio de la noche se oía el rugir del mar y el silbido del viento.

En aquel preciso instante, el lugarteniente informaba a su tropa:

—Se distinguen unas sombras.

Preparad las armas por si son los españoles.

Casi al unísono los dos jefes de las partidas ordenaron:

—¡Adelante!

Con gran precaución avanzaron los grupos, medio inclinados los hombres sobre las armas que sostenían con manos febriles.

Nadie hablaba. Por encima del batir de las olas se oían las pisadas de los bucaneros. La distancia se fué acortando entre las dos partidas. Los filibusteros forzaban la vista para descubrir la personalidad de los que, a través de las sombras, avanzaban a su encuentro.

De improviso, Juan Perdomo, hinchando el pecho, gritó:

—¡Santiago y España!

La tensión nerviosa que dominaba a los bucaneros, les hizo brincar al oír el grito de guerra tan temido.

El lugarteniente empuñó las pistolas.

—¡Son los españoles!

Sus hombres, azorados, se echaron los mosquetes a la cara y apretaron los gatillos. La descarga estalló en el silencio de la noche. Varios hombres cayeron alrededor de Franquesnay.

Éste enarboló a su vez las pistolas.

—¡Los españoles! ¡Los españoles!

Sus bucaneros se tiraron al suelo y enarbolaron mosquetes, y pistolas, disponiéndose a luchar, contra el enemigo.

Tendidos sobre la tierra, los filibusteros hacían fuego, cargaban las armas y volvían a disparar contra los soldados imaginarios.

A corta distancia, otros filibusteros, tendidos en tierra, hacían asimismo fuego contra los soldados españoles.

* * *

Villegas apartó de un tajo la espada de Ulloa y exclamó:

—¡Están atacando la ciudad!

Asintió Pérez de Lerma.

—Y los disparos son, de mosquete, no de arcabuz.

Diego se volvió hacia Luis.

—Comprenderéis, caballero, que nuestro encuentro se debe aplazar. Debemos prestar ayuda a los soldados. Podéis regresar a Santiago, si lo deseáis.

Ulloa contempló con sorpresa a aquellos hombres que, solos, se disponían a intervenir en el combate. Casi maquinalmente, respondió:

—Yo también prestaré mi ayuda a las tropas.

Los cinco, con las espadas desnudas en la mano, avanzaron hacia el lugar donde se oía el fuego.

Avanzaron entre los árboles los cuatro corsarios y el lechuguino, dispuestos a batirse con toda «La Hermandad de la Costa».

Villegas escudriñó la explanada que se extendía ante sus ojos.

Vio a los bucaneros que, cuerpo a tierra, disparaban sin cesar. A lo lejos, las sombras se encendían de rojos foganazos.

Siguió adelante seguido por sus fieles amigos y por Ulloa. Envainó la espada y tomó las pistolas, imitándole los demás.

Con voz de trueno, que se alzó por encima del tiroteo, exclamó:

—¡Adelante, corsarios del Rey! ¡Santiago y cierra España!

Comprendiendo su intención, los demás gritaron:

—¡Viva el capitán Villegas!

Entre los filibusteros, hubo un revuelo.

—¡El Corsario Azul! ¡El Corsario Azul!

Diego salió del bosque y se lanzó sobre los bucaneros, disparando sus pistolas. Sin cesar gritaba:

—¡Santiago y España!

Los tres corsarios coreaban sus gritos y vaciaban las armas sobre los que yacían en el suelo.

Ulloa les contemplaba asombrado. No disponía de pistolas y por tanto esperaba el cuerpo a cuerpo para manejar la tizona, pero gritaba con todas sus fuerzas.

CAPÍTULO XII

FINAL

El terror se extendía entre los bucaneros. El Corsario Azul les atacaba. Habían oído su voz que animaba a sus hombres al ataque y que lanzaba su terrible grito de guerra. Después oyeron otras voces que le vitoreaban:

Se imaginaban al capitán Villegas, cargando al frente de sus feroces aventureros. Greyceron verles, blandiendo picas, machetes y arcabuces.

Entonces se oyeron unos pistoletazos y los filibusteros, perdida toda moral, iniciaron la huida.

Como una tromba, los cinco españoles cargaron espada en mano. Repartían golpes sin cesar, abatiendo enemigos. Sus aceros centelleaban a la luz de la luna, al hundirse en los cuerpos de sus adversarios. Fajeda descargaba mandobles, mientras cubría de injurias a los filibusteros.

Villegas deshacía las guardias de sus adversarios, sepultando la tizona en sus carnes.

Ohando y Pérez de Lerma lanzaban gritos de júbilo, al tiempo que descargaban estocadas sobre los filibusteros.

Por su parte, Luis de Ulloa esgrimía con la misma serenidad que en una sala de armas. Su acero detenía los machetes piratas, abriendo la carne, para buscar el corazón.

Franquesnay intentaba organizar la retirada de sus hombres, ordenándoles que se replegasen haciendo fuego y luchando, pero nadie le hacía caso. Huían a la desbandada, abandonando muertos y heridos.

El lugarteniente aprovechó que el fuego había cesado para emprender a su vez la retirada. Muy apagados por el fragor de la lucha, pero perceptibles, habían llegado a sus oídos los gritos de:

—¡El Corsario Azul! ¡El Corsario Azul!

Pronto la explanada quedó libre de enemigos.

Carretera adelante, huían los piratas, aterrados, sin, orden, perdida la moral.

De la ciudad, salía en aquel momento una ronda de arcabuceros para averiguar el motivo de las descargas.

Diego limpió su tizona en las ropas de un muerto y sonrió.

—Bueno. Esto se ha acabado. Esta noche ya no atacarán.

El alférez se atusó el bigote.

—Ha sido el combate más sencillo de toda mi vida.

De pronto Ohando observó a Juan Perdomo que se acercaba a ellos.

—No parece un bucanero. Va maniatado.

Sorprendido, Fajeda exclamó:

—Pero si es Juan Perdomo. ¿Qué hará aquí?

Diego interrogó al idiota y éste explicó incoherentemente lo que había ocurrido. Pérez de Lerma se atusó el bigote.

—No se ven tropas por aquí. ¿Contra quién batallarían esos indeseables?

Tardaron en bailar la respuesta. Al fin, Villegas exclamó con una carcajada:

—¡Quizá contra ellos mismos!

Rompieron todos a reír, cuando Pedro les informó:

—¡Vengan de prisa! ¡Han herido a don Luis!

Se volvieron apresuradamente los corsarios, para ver al catalán que sostenía a Ulloa. Éste aparecía muy pálido, apretándose el costado, del que brotaba abundante sangre.

Su espada yacía en el suelo, cubierta de polvo.

Los tres amigos le rodearon. De la boca del herido resbalaba un hilo de sangre. Las facciones contraídas revelaban sus sufrimientos, pero en sus ojos no se advertía ira ni cólera. Una luz de infinita paz brillaba en ellos.

—Le encontré en el suelo —explicó Fajeda—. No se podía levantar.

—Ahora viene una ronda —agregó Diego—. Le llevaremos a la

ciudad.

—Será mejor que no —dijo el herido con dificultad—. Cualquier movimiento me produce muchos dolores. —Hizo una pausa y agregó—: Si no es molestia para Pedro, preferiría quedarme así.

—Por mí no os preocupéis, señor —afirmó sinceramente el catalán.

—¿Cómo os hirieron? —indagó Juan.

—Lo ignoro. Sé que recibí un golpe en el costado que me derribó por tierra.

—Alguna bala perdida —aseguró Ohando—. El físico de la guarnición, os curará.

Ulloa negó con la cabeza.

—Siento que voy a morir. No podría explicar por qué pero sé que ha llegado mi última hora. —Se detuvo, para recobrar fuerzas. Un sudor viscoso le perlaba la frente—. Más vale que haya sido así. Si mi vida fué inútil, por lo menos mi muerte servirá de algo. He salvado a Santiago de Cuba.

De nuevo se contrajeron sus facciones, como si no pudiera soportar el dolor.

—No os canséis ahora —le advirtió el capitán.

—Sí. Debo aún: deciros algunas cosas y no me queda mucho tiempo. En el pecho guardo el medallón que buscáis. Dádselo a doña Juana y pedidle que me perdone por todo el... mal... que le...

Ulloa abatió la cabeza y su cuerpo pendió flojo entre los brazos del catalán. Había muerto.

Diego tomó el medallón y por un instante rodearon en silencio al muerto.

—¡Alto! ¿Quién vive?

—¡España! —se apresuró a gritar Diego.

—¿Qué gente?

—Corsarios del Rey.

—¿Sois vos, capitán Villegas? —preguntó el jefe de la ronda acercándose—. ¿Qué ha ocurrido?

Diego se lo explicó uniendo al relato de Juan Perdomo, el suyo propio. Calló, no obstante, todo el asunto relacionado con el duelo.

—La ciudad se ha librado de una lucha, con muy poco esfuerzo —comentó el soldado—, y sin ninguna baja.

—Sí, ha habido bajas.

—¿Quiénes?

—Una tan sólo. Don Luis de Ulloa, que ha muerto como corresponde a un caballero.

* * *

Al día siguiente, cuando el esplendoroso sol del Caribe asomaba por el horizonte encendido de resplandores rojizos, «El Antillano» se hizo a la mar.

Santiago de Cuba quedaba a lo lejos, dormida en su plácida serenidad. Desde el puente, Villegas contemplaba cómo la ciudad iba perdiéndose en el fondo de la bahía. Una sonrisa iluminaba el semblante bronceado del capitán de los corsarios del Rey. Había sabido socorrer a su amigo en la desgracia, rindiendo culto al único bien de los aventureros: la amistad.

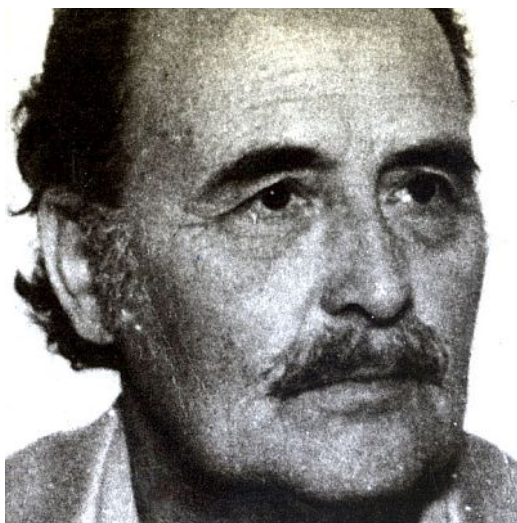
La vida era hermosa. En el mar aun se encontraban innumerables enemigos y Bartolomé el Portugués rondaba por las costas de Cuba. Fajeda se acercó al oficial. La sonrisa del escudero demostraba la lealtad que le unía a su amo. Ohando daba las órdenes que ejecutaban los marineros y Pérez de Lerma vigilaba que todo se encontraba en orden a bordo.

Diego de Villegas volvió a sus ocupaciones diarias, la guerra y la muerte, donde su vida se encontraba siempre en un constante peligro. Pero era mucho mejor así. Más valía morir en un combate, tizona en mano, que enmohecerse en la cama. Sin aventuras y sin la leal amistad de sus camaradas, la existencia no valdría la pena de vivirse.

Con las velas desplegadas, mientras el canto de la tripulación se alzaba bronco y bravío, «El Antillano» avanzó sobre el fondo de oro que formaba el sol naciente, por el mar abierto en busca de aventuras.

Nota del autor

Aquí se interrumpe bruscamente el manuscrito que a modo de diario de a bordo, Juan Pérez de Lerma legó a la posteridad. No se podía saber si las últimas hojas habían sido arrancadas o si por el contrario era que el alférez de los corsarios del Rey no lo había concluido nunca. Quizás, fuera debido, a su muerte prematura o a que le aburrió esta ocupación tan sedentaria. Desesperábamos ya de poder seguir ofreciendo a nuestros lectores las aventuras del capitán Villegas y de sus alegres compañeros, cuando, registrando un viejo archivo, y andando en busca de materiales para otros asuntos hallamos un volumen escrito a mano y en tinta casi descolorida en el que se podía leer: «Relato de las auténticas y sorprendentes aventuras del capitán Villegas». Lo firmaba un tal Ruy de Gómez, escribano de la Audiencia de Santo Domingo. Lo hojeamos y, a pesar del mal estado del cuaderno y de que la tinta se había borrado en muchos puntos, pudimos darnos cuenta de que el capitán del que trataba no era otro que don Diego de Villegas. Pedimos a la bibliotecaria si existe algún ejemplar editado de aquel manuscrito, y al cabo de cinco días de impaciente espera, nos dio cuatro volúmenes, impresos en Barcelona a finales del siglo XVII, donde se encontraba, el manuscrito junto con un gran número de comentarios y de mapas aclaratorios, sobre las aventuras de tan esclarecido soldado. Nos dimos cuenta de que Pedro Fajeda, su leal escudero, Martín Ohando y Pérez de Lerma no habían abandonado a su capitán y que seguían siendo sus más íntimos colaboradores. Nuestra alegría fué grande, pues no privaremos a los lectores de la emocionante compañía de tan alegres y destacados aventureros.



Jacinto León-Ignacio Ruiz de Cárdenas
(1919-1991):

H. Onson). Nacido en Barcelona, trabajó como redactor de la revista de cine Fotogramas colaborando también en El Correo Catalán, Algo Horizonte y TeleExpres. Fue un prolífico traductor entre otros de las obras de Hemingway y Jack London. Cultivó en la novela popular no sólo el género bélico sino otros como el Oeste y policiacas, firmando como León-Ignacio, J. León, J. Dixon, y Sterling Graham. Era el autor de la gran mayoría de las novelas de la colección Hombres del Oeste, de la editorial Clíper, y un buen número de títulos en otras colecciones como Pueblos del Oeste, también de Clíper, y en varias de las series dedicadas al western de Bruguera, donde también escribía como J. de Cárdenas en la colección Bisonte y en Servicio Secreto de Bruguera como J. Dixon y Sterling Graham. Con el seudónimo León-Ignacio publicó cuatro libros de tipo histórico, A ras de tierra, Corpus de Sangre, Los quinquis y Los años del pistolerismo en Barcelona. Ensayo para una guerra civil. La mayor parte de las novelas de la colección Bazooka se deben a su buena información sobre la Segunda Guerra Mundial. El cuidado que transparenta su información sobre los hechos que relata se nota en los numerosos pies de página para informar al

lector sobre las técnicas las tácticas de los contendientes. Acompaña un plano para poder seguir el acontecimiento que describe.

Notas

[1] Cadetes. Se instruían en campaña y entraban a los 15 años o antes. < <

[2] Así llamaban: a un convoy, compuesto por doce galeones que cada año partía de Sevilla, con una escolta naval, en dirección al Nuevo Mundo. < <

[3] España y Portugal han formado un solo reino en distintas ocasiones. Durante una de estas épocas el Brasil fue invadido por filibusteros holandeses, que se apoderaron de gran parte del país, instalando la capital en Pernambuco. La guerra que siguió fué muy cruel. < <

[4] No comprendo, en inglés. < <

[5] ¿Cuál es tu nombre, en inglés. < <

[6] ¿Me comprendéis todos?, en inglés. < <

[7] Cable, medida antigua de dos brazas, la décima parte de una milla. < <

[8] Morro es un nombre muy frecuente entre los castillos que protegen a los puertos importantes de la América Española. Se distinguía por esta denominación a aquellos que fueron levantados en alguna punta que saliera de una ensenada. < <

[9] Especie de dique donde se carenaba a los buques. < <

[10] Así llamaban al general español Alejandro Farnesio, nieto del emperador Carlos, que fué gobernador de los Países Bajos. < <

[11] En la actualidad se llama de Céspedes. < <

[12] Juan Perdomo es un personaje rigurosamente histórico. < <

[13] En los últimos años de la dominación española se llamó Cuartel de San francisco. < <

[14] En castellano. Véase «El Estandarte Azul» y «Guerra en el Caribe». < <

[15] Nápoles, en aquella época, pertenecía al Imperio Español. < <

[16] Carruajes de dos ruedas. < <

[17] El relato del desembarco pirata es absolutamente verídico. < <